

Crítica jurídica y política en Nuestra América

#18

Julio-sept. 2023

**A 50 años
del golpe en Chile**

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Carlos Rivera Lugo
Sergio Rodríguez Gelfenstein
César Pérez Lizasuain

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Pensamiento
jurídico crítico
y conflictos
sociopolíticos**



CLACSO



PLATAFORMAS PARA
EL DIÁLOGO SOCIAL

Rivera Lugo, Carlos. Crítica jurídica y política en Nuestra América no. 18 : a 50 años del golpe en Chile / Carlos Rivera Lugo ; Sergio Rodríguez Gelfenstein ; César Pérez Lizasuain ; coordinación general de Aleida Hernández Cervantes ; Sonia Boueiri Bassil ; Diana Isabel Molina Rodríguez ; editado por Carlos Rivera Lugo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2023.

Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-625-7

1. Golpes de Estado. 2. Política Internacional. 3. Chile. I. Rodríguez Gelfenstein, Sergio. II. Pérez Lizasuain, César. III. Hernández Cervantes, Aleida, coord. IV. Boueiri Bassil, Sonia, coord. V. Molina Rodríguez, Diana Isabel, coord. VI. Título.

CDD 306.098

PLATAFORMAS PARA EL DIÁLOGO SOCIAL



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora

Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres,

Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina.

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Coordinadoras del Grupo de Trabajo

Aleida Hernández Cervantes

Centro de Investigaciones

Interdisciplinarias en Ciencias y

Humanidades

Universidad Nacional Autónoma de

México

México

aleidahc@unam.mx

Diana Isabel Molina Rodríguez

Centro de Estudios e Investigaciones

Latinoamericanas

Universidad de Nariño

Colombia

molinita15@hotmail.com

Sonia Boueiri Bassil

Centro de Estudios Políticos y Sociales de
América Latina

Universidad de Los Andes

Venezuela

soniabbassil@gmail.com

Editor del Boletín

Carlos Rivera Lugo

Maestría en Gestión Cultural

Facultad de Humanidades

Universidad de Puerto Rico

Río Piedras, Puerto Rico

crivlugo@gmail.com





Contenido

5 Presentación

Carlos Rivera Lugo

NOMOS

8 No hay un afuera de la contradicción

A 50 años del golpe en Chile

Carlos Rivera Lugo

36 La política internacional del gobierno de la Unidad Popular

Sergio Rodríguez Gelfenstein

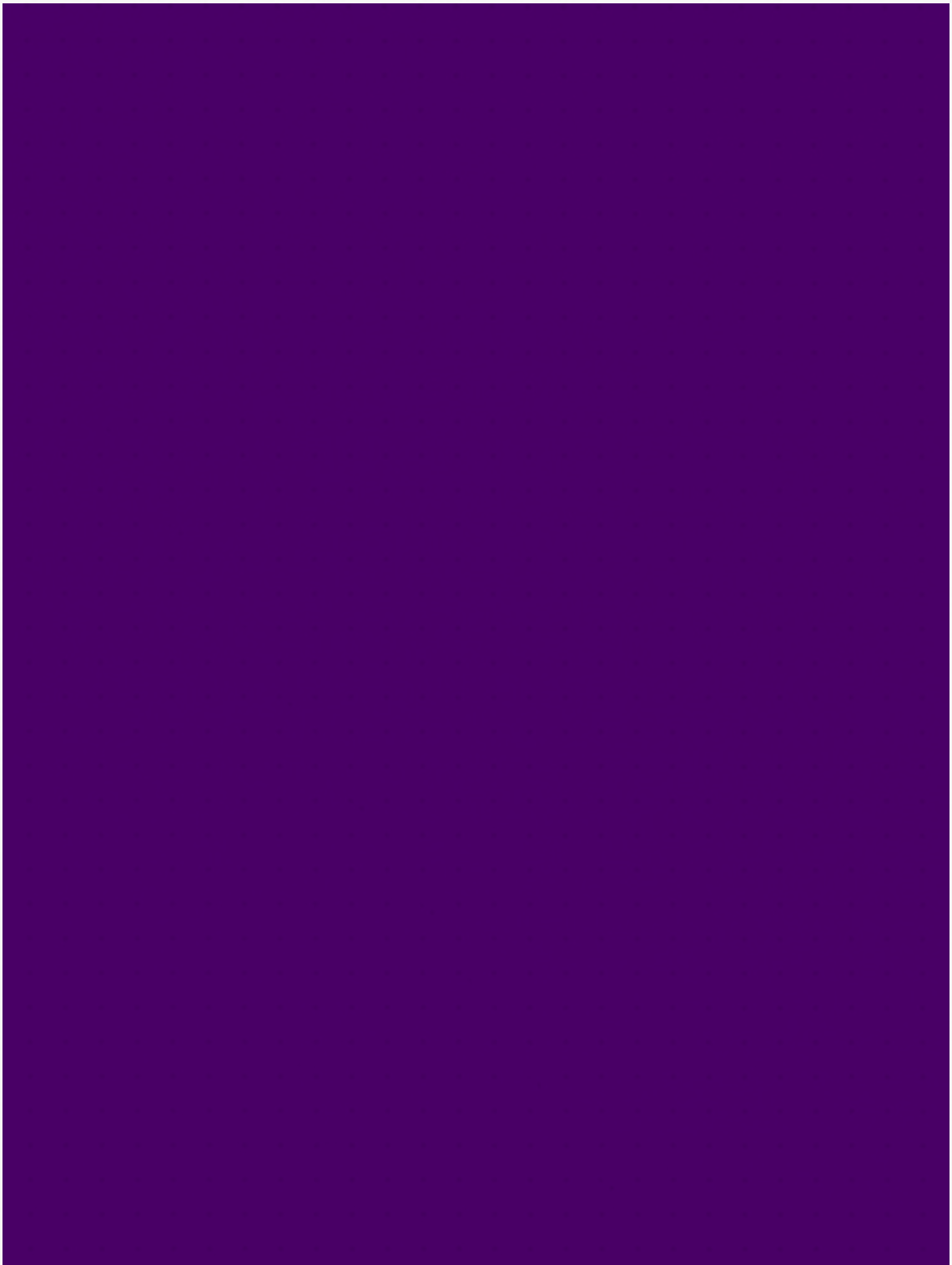
GRIETAS

53 Ramón Grosfoguel y Puerto Rico

El carácter contradictorio del
marco de análisis decolonial y
su secreto

César Pérez Lizasuain







Presentación

Carlos Rivera Lugo*

Dedicamos este número 18 de nuestro Boletín a la memoria de un acontecimiento histórico de singular importancia que marcó no sólo el destino inmediato de la América nuestra sino que también el del resto de la humanidad que hace medio siglo veía como avanzaba la apuesta por la revolución, incluyendo el ensayo de nuevos medios para su realización. Me refiero al golpe militar que el 11 de septiembre de 1973 puso fin abrupta y violentamente en Chile a la “vía democrática al socialismo”, encabezada por el compañero presidente Salvador Allende Gossens y la Unidad Popular. Se trataba del intento por potenciar una transición pacífica hacia el socialismo a partir de la legalidad burguesa existente y no por medio de las armas, como había sido previamente en, por ejemplo, Rusia, China y Cuba.

El golpe es una herida que sigue aún abierta, como lo demuestra la evolución de los eventos en el Chile de hoy bajo la presidencia de Gabriel Boric y el asedio que sufre su gobierno por una derecha —cada vez más ultra— que no titubea en reivindicar el legado golpista y fascista del sátrapa Augusto Pinochet. Sin embargo, se trata de un asedio derechista que trasciende a Chile y que debe servir como aldabonazo a una izquierda cuyo repliegue por doquier, del socialismo hacia el liberalismo, se ha convertido ella misma en su mayor obstáculo para

* Profesor e Investigador Independiente en Filosofía y Teoría del Estado y del Derecho. Es Catedrático retirado de la Facultad de Derecho Eugenio María de Hostos (Mayagüez, Puerto Rico), de la que también fue Decano fundador. Es autor, entre otras obras, de *Estado, Direito e Revolução* (São Paulo, 2022); *Crítica à economia política do direito* (São Paulo, 2019); *¡Ni una vida más para el Derecho! Reflexiones sobre la crisis actual de la forma jurídica* (San Luis Potosí/Aguascalientes, 2014); *El comunismo jurídico* (México, 2013, coeditado con Óscar Correas Vázquez); y *La rebelión de Edipo y otras insurgencias jurídicas* (San Juan de Puerto Rico, 2004). Es miembro del Grupo de Trabajo CLACSO Pensamiento jurídico crítico y conflictos sociopolíticos y editor a cargo de su Boletín *Crítica jurídica y política en Nuestra América*. Email: crivlugo@gmail.com.

representar en la práctica, más allá del discurso, una nueva posibilidad histórica para la ruptura estructural con la sociedad capitalista.

De ahí que iniciamos este número con una extensa reflexión crítica de mi autoría titulada *No hay un afuera de la contradicción. A 50 años del golpe en Chile*, en torno al fracaso de la vía chilena al socialismo que se ensayó en aquel entonces. Además, confieso que mi texto tiene algo de memoria personal, habiendo vivido en Santiago de Chile entre el 1971 y 1972. Sin embargo, más allá he querido analizar los efectos que tuvo su apuesta por la autonomía relativa de la política con relación a la lucha de clases. Esta apuesta luego siguió empuñándose por la izquierda comunista y socialista en Europa, hasta que también quedó subsumida bajo las lógicas y los dictados de la contrarrevolución neoliberal, la que se fue ensayando precisamente a partir del golpe de Chile para luego imponerse globalmente.

Sobre la experiencia chilena de 1971-1973 también escribe el conocido estudioso y analista internacional venezolano, Sergio Rodríguez Gelfenstein, quien nos obsequia con el texto de una ponencia titulada *La política internacional del Gobierno de la Unidad Popular*, la cual fue presentada recientemente por él en Santiago de Chile precisamente en el marco de lo que tal vez constituye la más importante conmemoración: la del legado del presidente Salvador Allende.

Finalmente, tenemos el análisis crítico del compañero puertorriqueño, César Pérez Lizasuain, sobre el conocido teórico decolonial Ramón Grosfoguel, también boricua, y las contradicciones que le llevan a favorecer la anexión de Puerto Rico a Estados Unidos. Para Grosfoguel, Puerto Rico es uno de esos “pueblos sin historia” de los que habló Hegel, condenado a devenir sólo como parte de un “pueblo con historia” como Estados Unidos. Con todo respeto, la tesis controvertible del compatriota decolonial constituye así una expresión propia del mundo maniqueo e inmóvil de los compartimientos que denunció magistralmente Frantz Fanon.

Reciban mis saludos fraternales de siempre.

Carlos Rivera Lugo
Editor

NOMOS

Crítica jurídica y política en Nuestra América
Número 18 • Julio-sept. 2023



No hay un afuera de la contradicción

A 50 años del golpe en Chile

Carlos Rivera Lugo*

“Este es un gobierno de mierda, pero es mi gobierno”
Un obrero chileno en 1973

El compañero presidente

Era ya pasada la medianoche cuando, de regreso a San Juan, escuché por la radio de mi carro la fatídica noticia: ¡el presidente chileno Salvador Allende ha muerto! Esa noche había estado fuera de San Juan, como cuadro integrante de la Secretaría de Educación Política del Partido Socialista Puertorriqueño (PSP), a cargo de una tertulia sobre Chile y los eventos que violentamente irrumpieron ese 11 de septiembre de 1973. Hacia ya 10 meses que había regresado precisamente de Santiago de Chile, donde fui como estudiante para un posgrado en Ciencia Política en la Facultad

* Profesor e Investigador Independiente en Filosofía y Teoría del Estado y del Derecho. Es Catedrático retirado de la Facultad de Derecho Eugenio María de Hostos (Mayagüez, Puerto Rico), de la que también fue Decano fundador. Es autor, entre otras obras, de *Estado, Direito e Revolução* (São Paulo, 2022); *Crítica à economia política do direito* (São Paulo, 2019); *¿Ni una vida más para el Derecho! Reflexiones sobre la crisis actual de la forma jurídica* (San Luis Potosí/Aguascalientes, 2014); *El comunismo jurídico* (México, 2013, coeditado con Óscar Correas Vázquez); y *La rebelión de Edipo y otras insurgencias jurídicas* (San Juan de Puerto Rico, 2004). Es miembro del Grupo de Trabajo CLACSO Pensamiento jurídico crítico y conflictos sociopolíticos y editor a cargo de su Boletín *Crítica jurídica y política en Nuestra América*. Email: crivlugo@gmail.com.

Latinoamericana de Ciencias Sociales y, luego de mis dos años allí, regresé de vuelta al mío como militante al que ya no le bastaba meramente teorizar sobre la política y la revolución. De ahí que la mala nueva que acababa de escuchar me golpeó fuertemente. El primer marxista elegido presidente dentro de una democracia burguesa había caído mortalmente producto de un golpe militar, apoyado por Estados Unidos.



Detuve mi carro en el paseo lateral de emergencia del Expreso Las Américas para poder procesar la tristeza enorme que me embargaba. Al poco rato sentí unas lágrimas salir por mis ojos, la ventana de mi alma herida. Sin embargo, lo acontecido no sólo había desembocado en la muerte heroica en combate del que afectuosamente recordábamos como el

“compañero presidente”, sino que con ello se anunciaba también la muerte de lo que se conoció como “la vía chilena al socialismo”. Se trataba de la apuesta ideológica por producir una transición pacífica y ordenada, por vía de la legalidad burguesa, del capitalismo al socialismo.

Ese día, mi generación recibió una de las mayores lecciones de su vida: el poder efectivamente no se halla en los palacios presidenciales. Las elecciones confirmaban ser un espejismo que nos enmascara la verdadera naturaleza del poder en la sociedad contemporánea. Y si de verdad queremos armarnos de voluntad de poder para forjar ese mundo mejor en el que creemos, debemos prepararnos para contestar al poder en todos los rincones de la vida social y cotidiana en que habita. Que las elecciones podrán ser un medio que puede utilizarse para avanzar, pero hasta cierto punto, ya que se demostraba una vez más que al poder verdadero no se llega por medio de éstas. El poder está en otra parte. Y hay que asediarse, estratégicamente, por todos lados y en todas las formas, había advertido el Che Guevara. Las resistencias tienen que ser múltiples. Es, en fin, una guerra sin cuartel que no tolera atajos ni ilusiones falsas.

Recuerdo aun cuando nos cruzamos con Allende en el aeropuerto de la norteña ciudad chilena de Arica, allá para agosto de 1971. Era temprano en la mañana y acababa él de llegar de una visita oficial a Perú. Yo andaba con un grupo de compatriotas que acababa de regresar de Bolivia y estábamos en tránsito hacia Santiago. En Bolivia nos tocó vivir el golpe de Estado encabezado por Hugo Banzer contra el gobierno de izquierda del general Juan José Torres y la Asamblea Popular que se había constituido brevemente ese mismo año, a modo de un soviet boliviano. Así las cosas, cuando veo a Allende caminando con su séquito de colaboradores y seguridad, me le acerco y le extendo la mano. “Saludos, compañero presidente, de parte de un puertorriqueño”. Me dio la mano y sonrió. De inmediato mis otros tres compañeros hicieron lo mismo, ante lo cual Allende expresó: “¿Qué hacen tantos puertorriqueños aquí en Arica?”. Sonrió nuevamente y siguió.

Era un hombre afable, de arraigados principios y firmes convicciones. Hombre indispensable, diría Bertolt Brecht. Decía de él el Che Guevara en una dedicatoria que le había hecho en un libro: “A Salvador Allende que persigue los mismos objetivos por otros medios”.

Al respecto de esa tensión entre los fines y los medios con la que siempre tuvo que torear, como revolucionario y demócrata auténtico, sobre todo en sus momentos finales, escribió Gabriel García Márquez:

“A la hora de la batalla final, con el país a merced de las fuerzas desencadenadas de la subversión, Salvador Allende continuó aferrado a la legalidad. La contradicción más dramática de su vida fue ser al mismo tiempo, enemigo congénito de la violencia y revolucionario apasionado, y él creía haberla resuelto con la hipótesis de que las condiciones de Chile permitían una evolución pacífica hacia el socialismo dentro de la legalidad burguesa.

La experiencia le enseñó demasiado tarde que no se puede cambiar un sistema desde el gobierno, sino desde el poder. Esa comprobación tardía debió ser la fuerza que lo impulsó a resistir hasta la muerte en los escombros en llamas de una casa que ni siquiera era la suya, una mansión sombría que un arquitecto italiano construyó para fábrica de dinero y terminó convertida en el refugio de un Presidente sin poder.

Resistió durante seis horas con una metralleta que le había regalado Fidel Castro y que fue la primera arma de fuego que Salvador Allende disparó jamás.”

Allende cumplió así ejemplarmente con lo prometido en el acto de despedida de Fidel Castro del 2 de diciembre de 1971 en el Estadio Nacional de Santiago, en el que estuvo presente: “Que lo sepan, que lo oigan, que se les grave profundamente: defenderé esta revolución chilena, y defenderé el Gobierno Popular porque es el mandato que el pueblo me ha entregado, no tengo otra alternativa, sólo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el Programa del pueblo”. Murió defendiendo su ideal revolucionario dentro de una democracia burguesa

que la burguesía misma demostraba, una vez más, que no tendría dudas en destruir si ponía el peligro su dominación.



Un compañero me preguntaba en estos días en qué Allende había fallado. A lo que respondí yo que él, con sus virtudes y defectos como todo ser humano, estuvo finalmente a la altura del reto histórico. Hizo todo lo que le correspondía y podía hacer como presidente constitucional. Estuvo maniobrando magistralmente hasta el último momento para ver como ganaba tiempo y salvaba un proceso que hacía ya meses daba señales anticipadas de que podría estar llegando peligrosamente a su final. De ahí que el 11 de septiembre tenía planeado anunciar la convocatoria de una consulta plebiscitaria al pueblo chileno para romper con el tranque político impuesto por la derecha que impedía que su gobierno pudiese seguir con los cambios. La movida de Allende para apelar a la voluntad popular terminó por provocar que se adelantaran para ese mismo día los planes que ya se fraguaban entre aquellos que preferían que se impusiese la voluntad de las fuerzas armadas y policiales. Frente a ello, fueron

los partidos de la Unidad Popular los que no estuvieron preparados para enfrentar lo que ya se sospechaba que venía, más tarde o más temprano: una ruptura violenta del orden constitucional por parte de la derecha, apoyada por Washington. Ya el 29 de junio de ese mismo año se había frustrado un intento de golpe de Estado, conocido como el Tancazo. En esa ocasión Allende llamó al pueblo a tomar las industrias y a salir a las calles. “Si llega la hora, armas tendrá el pueblo”, puntualizó, aunque seguidamente concluyó: “Pero yo confío en las Fuerzas Armadas leales al gobierno”.

Hasta el día antes del golpe del 11 de septiembre de 1973, a Allende se le aseguraba que el jefe de las Fuerzas Armadas, el general Augusto Pinochet, nombrado por el mismo Allende a dicho cargo, le era leal al gobierno constitucional. Otro de los que encabezaron el golpe, el General Gustavo Leigh, había sido nombrado Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, también por Allende. Se seguía confiando en la lealtad de las Fuerzas Armadas. Llegó finalmente la hora de la traición pero al pueblo no le llegaron las armas para defenderse. Los obreros que se concentraron en sus industrias para resistir, nunca recibieron las armas prometidas. Estos se quedaron esperando fútilmente porque sus organizaciones llamasen a y organizaran la movilización armada en defensa del gobierno popular. No se produjo la resistencia general esperada más allá del combate protagonizado por Allende y los suyos en la casa presidencial de La Moneda. La mayor parte de los líderes de la UP se fueron al exilio o fueron apresados. Yo fui parte de un grupo internacionalista organizado por el PSP para incorporarse a la resistencia chilena contra los golpistas. A pocos días de partir hacia Cuba para luego seguir rumbo a Chile, se suspendió todo pues se había ya corroborado que el golpe se había consolidado ante la ausencia de una resistencia significativa.¹

1 El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) protagonizó una resistencia inicial hasta la muerte en combate de su secretario general, Miguel Enríquez en octubre de 1974. EL MIR se había distinguido por sus críticas a la UP debido, entre otras cosas, a su negativa a preparar debidamente sus bases partidarias para una eventual confrontación armada, la cual estimaban inescapable. El Partido Comunista no activó hasta el 1983 su brazo armado, el Frente Patriótico



A partir de diciembre 1973, el PSP me había designado como su representante permanente en Cuba a cargo de su Misión allí, conocida también como la Misión de Puerto Rico². Fue así que conocí en La Habana a Beatriz Allende Bussi, “Tati”, como cariñosamente se conocía a la hija menor de Allende, que a la sazón se hallaba exiliada en Cuba. Ella presidía el Comité de Solidaridad con Chile que agrupaba allí a los exiliados chilenos. Tuve el honor de compartir en varias ocasiones con ella en torno a nuestras respectivas luchas. Se podía notar en ella cierta tristeza, por no decir de la más profunda aflicción, lo que resultaba entendible por ser ella, según se decía, la más apegada de las hijas a su padre. Hasta tal punto que, junto a su hermana mayor Isabel, laboraba con él en el palacio presidencial de La Moneda. Nunca se perdonó haber aceptado, a

Manuel Rodríguez. El 7 de septiembre de 1986 realizaron un operativo para atentar contra la vida del sátrapa Pinochet, del cual el dictador escapó ileso.

- 2 Cuba es el único país en que Puerto Rico, representado por quienes luchan por su independencia, tiene una Misión diplomática desde la cual fomentar la solidaridad internacional con su causa.

insistencia de su padre, abandonar su puesto de trabajo, dejándolo solo, aunque ella estaba embarazada en ese momento. Siempre pensé que, muy adentro, Beatriz hubiera querido estar con su padre al momento de su muerte. Tristemente, el 11 de octubre de 1977 Beatriz puso fin a su vida. Mientras asistía a su velorio en La Habana no dejaba de pensar que, al fin, había decidido irse a morar con su padre querido.

La vía chilena al socialismo

Chile representó en ese momento histórico una propuesta estratégica nueva: la posibilidad de iniciar un proceso ordenado y pacífico de tránsito del capitalismo al socialismo por vía de la legalidad y el Estado burgués. Hasta ese momento la posibilidad de abrir el tránsito del capitalismo al socialismo se entendía posible sólo por la vía de la lucha armada, que permitiese derrotar y desplazar a las fuerzas políticas y sociales opuestas al cambio; y a los aparatos represivos en que se apuntalaban su dominación. La Unidad Popular entendía que partía de unas circunstancias históricas distintas a las que sirvieron de marco a las anteriores revoluciones en que la llamada democracia burguesa se basaba más en la dominación por la fuerza que en el consentimiento y la consensuación política, como el caso de Chile.

Sin embargo, para Marx, la llamada democracia burguesa, aún en su forma republicana, nunca ha sido una forma política que pueda servir para la subversión del poder que, en última instancia, ejerce la clase dominante. Toda reivindicación o reforma, como intento de ampliar y radicalizar la democracia, es finalmente estigmatizada como “socialista” y tachada como un atentado al orden social establecido. De ahí que meros cambios de gobierno, no significa necesariamente cambios a nivel del Estado. La forma Estado es esencialmente una forma social del capital y, como tal, tiene su fundamento en la reproducción de las relaciones sociales capitalistas (Marx, 2015: 160). Por eso tampoco puede la clase obrera “limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal como ésta”,

creyéndose que puede apoyarse en ella para sus propios fines (Marx, 2015: 406). Menos aún, puede depender de la legalidad burguesa pues “el derecho del más fuerte es también un derecho” (Marx, 2009: 8). Una democracia real es, por ende, imposible bajo el capitalismo.

De ahí que también Federico Engels y Karl Kautsky tachaban cualquier intento de construir el socialismo por la vía jurídica como pretender la cuadratura de un círculo, es decir, un imposible. La concepción jurídica del mundo es una de las expresiones de la ideología burguesa por medio de las cuales se aspira a reducir las luchas del proletariado a meras reivindicaciones jurídicas que no modifican en el fondo las condiciones económico-políticas que determinan, en última instancia, nuestra existencia social (Engels y Kautsky, 2012).

La perspectiva marxista concebía al orden establecido como una dictadura de clase, de la burguesía y sus aliados, tanto internos como externos. La ruptura con ese orden establecido requería de la organización de un nuevo poder proletario, una verdadera democracia por y para el pueblo, y una dictadura transitoria específicamente dirigida contra los representantes del viejo orden. Se partía así de tres premisas estratégicas fundamentales: (1) la política no es independiente de la lucha de clases; (2) no puede resultar triunfante la revolución sin que el proletariado se arme para enfrentar la violencia del enemigo; (3) y que el proletariado necesita constituir una nueva estructura y balance de poder para la implantación de un nuevo proyecto antisistémico. Dichas premisas estaban fundamentadas en la historia de la lucha de clases, en particular desde las experiencias de la llamada Revolución de 1848 en Europa, la Comuna de París de 1851, la Revolución mexicana de 1910, la Revolución bolchevique de 1917, la Revolución china de 1949 y la Revolución cubana de 1959.

El problema central no era que se soñase con “tomar el cielo por asalto”, sino que había que organizarse para ello. Además, se entendía que toda revolución no se reduce a un gran evento, sino que es un proceso

permanente, lo que a mi me gusta calificar como “una trinchera sin fin” cuyas condiciones están dictadas más por el movimiento real del proceso que por un programa enunciado a priori. Al respecto, expuse en un artículo que escribí y publiqué en el verano de 1973 titulado “Chile: sobre algunas contradicciones en el seno de un proceso” (Rivera Lugo, 1973: 37-47):

“El programa de la UP hizo y provocó, por el movimiento real en la sociedad, en dos años lo que teóricamente tomaría seis. Cada una de las medidas progresistas implantadas arrastraba necesariamente a las demás. Tan pronto se realiza el primer ataque a la propiedad de la burguesía, la clase obrera se ve obligada a avanzar cada vez más y consolidar posiciones lo más rápidamente posible frente al embate del enemigo de clase. Se entra en una era de crisis social y agudización de la contradicción básica de toda sociedad capitalista, es decir, entre el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y unas relaciones sociales de producción retrógradas. Se rompe la rutina y la inercia de la vida cotidiana entre las masas; se va quebrando esa hipnosis de la legalidad burguesa producto de años de propaganda; se va desvaneciendo el respeto hacia las instituciones del Estado que por tantos años sólo han servido para justificar y proteger los intereses de la clase dominante. En estos momentos en que comienzan las escaramuzas entre el pueblo y sus enemigos, producto de un auge estratégico de la lucha de masas y un descenso también estratégico en el poderío de los capitalistas, adquiere un enorme significado el papel dirigente de una vanguardia revolucionaria que organice los actuales choques, le dé una orientación definida y prevea para las más grandes y decisivas batallas del futuro” (Rivera Lugo, 1973: 41).

La derecha ya estaba conspirando y protestando en las calles desde la victoria electoral de Allende. El propio Fidel Castro, en su discurso de despedida del 2 de diciembre de 1971 (Castro, 1971), advirtió a los presentes que la derecha estaba ganando *la batalla de las calles*. Dijo el líder cubano:

“Nos preguntaron en algunas ocasiones —de un modo académico— si considerábamos que aquí tenía lugar un proceso revolucionario. Y nosotros dijimos sin ninguna vacilación: ¡Sí! Pero cuando se inicia un proceso

revolucionario, o cuando llega el momento en un país en que se produce lo que podemos llamar una crisis revolucionaria, entonces las luchas y las pugnas se agudizan tremendamente. Las leyes de la historia cobran su plena vigencia. (...) Y las medidas realizadas ya, y que constituyen el inicio de un proceso, han desatado la dinámica social, la lucha de clases; han desatado la ira y la resistencia — como en todos los procesos de cambio— de los explotadores, de los reaccionarios”.

Y continuó:

“Ahora bien; la cuestión que obviamente se plantea ... es si acaso se cumplirá o no la ley histórica de la resistencia y de la violencia de los explotadores. Porque hemos dicho que no existe en la historia ningún caso en que los reaccionarios, los explotadores, los privilegiados de un sistema social, se resignen al cambio, se resignen pacíficamente a los cambios”.

Un poco más adelante, abordó el tema de cómo los procesos revolucionarios condensan en pocos años enseñanzas que en tiempos normales tomaría mucho más tiempo. Y preguntó a los presentes: “¿Quién aprenderá más y más pronto? ¿Los explotadores o los explotados? ¿Quiénes aprenderán más rápido en este proceso? ¿El pueblo o los enemigos del pueblo?”. “¡El pueblo!” exclamaron los presentes. A lo que Fidel Castro respondió, con una extraordinaria autenticidad y honestidad, discrepando del pueblo allí presente: “Podemos equivocarnos, hacer una apreciación falsa, pero jamás decir algo que no creamos. Y nosotros creemos sinceramente que el aprendizaje de la parte opuesta, el aprendizaje de los reaccionarios ha ido más rápido que el aprendizaje de las masas”.

El líder cubano enseguida habló magistralmente sobre el tema de la violencia en el seno de los procesos revolucionarios: “A nuestro juicio el problema de la violencia en estos procesos —incluido el de Cuba—, una vez que se ha instaurado el régimen revolucionario, no depende de los revolucionarios. Sería absurdo, sería incomprensible, sería ilógico que los revolucionarios cuando tienen la posibilidad de avanzar, de crear, de trabajar, de marchar adelante, vayan a promover la violencia. Pero no son los revolucionarios los que en esas circunstancias crean la violencia. Y

si ustedes no lo saben, seguramente que la propia vida se encargará de demostrárselo”.



¡Y así fue! Chile demostró que era posible obtener una mayoría electoral que le permitiese a la izquierda gobernar dentro de una democracia burguesa. Pero este hecho, por si solo, no modificaría sustancialmente las limitaciones estructurales que enfrentaría ni evitaría que pudiese alterar el curso de los acontecimientos, de acuerdo con la experiencia histórica previa. Particularmente, el balance de poder entre la burguesía y el proletariado estaría determinada por hechos como la antes mencionada batalla en las calles, el grado de armamento de los obreros, la postura de las fuerzas militares y policiales y, la situación en los países vecinos, sobre todo en relación a la gran potencia estadounidense. La guerra de clases seguiría su curso y su desenlace final sería determinado a partir de estos factores reales y no de la frágil aritmética electoral o la alegada tradición democrática chilena.

Por otra parte, desde la perspectiva de la lucha de clases se entendía errando y contraproducente tratar a tu enemigo político o de clase meramente como “oposición”, un concepto que responde, a su vez, a una concepción jurídica y no-adversativa propia de liberalismo burgués y bajo la cual se

entiende que la lucha es entre iguales. Dentro de la democracia burguesa no hay una real igualdad entre las fuerzas sociales y políticas en pugna sino que una situación de poder desigual en la que, hasta ahora, la clase minoritaria, la capitalista, domina. Más aún es así en casos como el de Chile en 1973, en que la burguesía sigue dominando sobre los medios de producción, los medios de producción de ideología y de comunicación, así como las instituciones legislativas, judiciales y represivas. La idea de una revolución galante es una peligrosa ilusión.

Habían voces y fuerzas al interior de la UP y el gobierno popular que clamaban porque se endureciera la lucha por el poder. “Es incuestionable”, manifestaba al respecto por ejemplo el subsecretario del Trabajo y dirigente del Partido Socialista, Julio Benítez³, “que en este proceso de desarrollo social hacia el socialismo, los partidos de la clase obrera tienen un papel primordial como vanguardia. Y precisamente en estos momentos en que recrudecen los crímenes políticos, se demuestra que la clase poseedora de los medios de producción y el imperialismo defienden sus intereses a sangre y fuego, de manera que la lucha por el poder adquiere la violencia propia de la lucha del explotado contra el explotador” (Benítez, 1971).



- 3 Recuerdo nuestras visitas a Julio Benítez cuando era subsecretario general del Partido Socialista y acudíamos a su despacho para coordinar expresiones de solidaridad a favor de la independencia de Puerto Rico. La familia paterna de Benítez era de origen puertorriqueño.

Ya para finales del proceso, vista la ofensiva creciente de la derecha contra el gobierno de Allende, especialmente en el plano económico, empezaron a producirse formas nuevas de organización política unitaria, conocidas como Comandos Comunales, que pudiesen actuar autónomamente y representar unas formas de política y normatividad alternativas a la legalidad burguesa que le constreñía el marco de acción al gobierno.⁴ Unido a ello, en julio de 1972, los trabajadores del Cerdón Industrial de Cerrillos emitieron un pronunciamiento a favor del control obrero de la producción y la sustitución del Congreso Nacional por una Asamblea de Trabajadores. El surgimiento de otros Cordones Industriales como el de Cerrillos, así como sus acciones, se fueron ampliando y radicalizando en respuesta al paro patronal de octubre de 1972. Los Cordones iniciaron su conversión en federaciones informales de consejos obreros en las industrias que fueron tomadas ante el intento patronal de cerrarlas con el objetivo de seguir desestabilizando económicamente al gobierno. Juntos, los Comandos Comunales y los Cordones Industriales, suscribieron lo que se llamó el “Pliego del Pueblo” en el que detallaban una serie de demandas y proponen un modelo alternativo para la construcción del socialismo al prevaleciente, incluyendo la conformación de un poder popular.

No obstante, frente al cuadro de polarización social y política creciente, se fueron profundizando las tendencias reformistas de la UP, limitando sus miras al ámbito de las instituciones gubernamentales, aún con una correlación de fuerzas desventajosa en el Congreso que impedía se pudiese avanzar significativamente por la vía parlamentaria. Incluso, la búsqueda de acuerdos con la “oposición”, particularmente la Demócrata Cristiana, llevó a que en 1972 se sometiese una propuesta —el notorio Proyecto Millas⁵— para reducir el área de propiedad social establecida como uno de los ejes programáticos dirigidos a la socialización gradual de los medios de producción. La reducción incluía la devolución a sus

4 Ya para 1973 quedaban pocos Comandos Comunales activos.

5 Su autor, Orlando Millas, era dirigente del Partido Comunista de Chile y Ministro de Economía en ese momento.

dueños originales de más de un centenar de industrias que ya estaban socializadas, es decir, en manos de sus trabajadores.

El gobierno parecía olvidarse de lo expresado por el presidente Allende el 4 de marzo de 1971 ante el Congreso Nacional: “No hay socialismo sin Área de Propiedad Social ... En el plano económico, instaurar el socialismo significa reemplazar el modo de producción capitalista mediante un cambio cualitativo de las relaciones de propiedad y una redefinición de las relaciones de producción. En este contexto, la construcción del Área de Propiedad Social tiene un significado humano, político y económico. Al incorporar grandes sectores del aparato productor a un sistema de propiedad colectiva, se pone fin a la explotación del trabajador, se crea un hondo sentimiento de solidaridad, se permite que el trabajo y el esfuerzo de cada uno formen parte del trabajo y del esfuerzo comunes” (Amoros, 2023: 241-242).

El establecimiento de esta Área de Propiedad Social contribuyó a los grandes éxitos económicos con los que se inició el gobierno de Allende. Sin embargo, el ataque a ésta fue producto de una crítica de los reformistas al interior de la UP en contra de lo que tildaban como “revolucionarismo izquierdista”. El proyecto finalmente fue retirado por Allende debido a la fuerte oposición de los trabajadores. Producto de estas luchas contra el Proyecto Millas los Cordones Industriales se reactivaron. Incluso, en las elecciones de marzo de 1973 se pudo percibir un realineamiento de fuerzas entre los partidos y movimientos integrantes de la Unidad Popular, que favoreció al Partido Socialista. Éste contó con el apoyo del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) luego de haberse pactado una serie de acuerdos entre ambas organizaciones para, entre otras cosas, detener el giro conciliador promovido por el Partido Comunista.

Otra expresión de esta perspectiva conciliadora y defensiva con la derecha fue la represión, a manos de los Carabineros, de las movilizaciones y protestas populares que surgieron en estos momentos demandando que el gobierno tomase medidas más enérgicas contra el sabotaje económico

y desabastecimiento provocado por la clase capitalista, con el apoyo de Washington. La pretensión aquí del sector reformista del gobierno era que los movimientos sociales y las fuerzas populares en general se comportasen como meros apéndices del gobierno que ejecuta sólo aquello que le es permitido oficialmente. De esta manera se le quiso constreñir su autonomía práctica, tan necesaria para poder enfrentar los lastres y las limitaciones que la forma Estado le imponía al gobierno. Demás está decir que el mero hecho de que la UP controlase el Ejecutivo y lograra impulsar desde éste los inicios de una especie de doble poder fundado en su apoyo popular, no cambiaba sustancialmente el carácter de clase de la mayoría parlamentaria y de la judicatura. En ese sentido, nunca se consiguió realmente romper con el Estado burgués.

La deriva reformista llegó al punto de que se empezaron a nombrar militares como interventores gubernamentales para la solución de conflictos en algunas áreas de la economía. En ese sentido, vemos como la propia UP, sin querer, fue validando la imagen de los Carabineros y las Fuerzas Armadas como pacificadores del orden social. Por su parte, la derecha chilena, así como el imperialismo estadounidense, propiciaban el desgaste y fracaso del proyecto de la Unidad Popular, en busca de sumir al país en el caos. Para Washington, con ello se creaban las condiciones para el eventual golpe militar. Por eso el objetivo del presidente estadounidense Richard Nixon desde el inicio mismo de la victoria de Allende fue que había que poner a la economía chilena a “chillar”.

De ahí que no hay que extrañarse de la siguiente valoración crítica del conocido jurista chileno Eduardo Novoa Monreal: “Después de haber tenido la singular experiencia de asesorar jurídicamente en Chile la frustrada tentativa de transformar su sociedad burguesa tradicional en una sociedad orientada al socialismo, sin quebrantar los marcos institucionales precedentes y respetando los lineamientos de la legislación vigente, hemos podido apreciar más cabalmente lo que el Derecho significa como rémora y como obstáculo para el cambio social.” Y abunda: “Basta mostrar las bases ideológicas del liberal-individualismo para darse cuenta

que las grandes instituciones del Derecho vigente están afincadas en él” (Novoa Monreal, 1975: 12, 15).

En otras palabras, la *vía chilena al socialismo* murió en las arenas movedizas de la democracia liberal, la cual de democrática demostró tener sólo lo que la clase dominante, interna y externa, permite que tenga en función de su dominación.

Sobre la autonomía relativa del Estado

La *vía chilena al socialismo* se había construido sobre la tesis de la autonomía relativa del Estado con relación a la economía política. Un referente importante en esa época fue Nicos Poulantzas, para quien sin embargo la América Latina nunca fue objeto importante de estudio y menos demostraba comprenderla en su especificidad histórica (Sader, 2021). Era básicamente eurocentrista en su enfoque del marxismo, como la casi totalidad del llamado marxismo occidental.

Poulantzas sostenía que el marxismo había tendido a desatender lo relativo al Estado, en su especificidad histórica, con la excepción de Antonio Gramsci. Entiende que lo relativo al Estado y el derecho según, por ejemplo, las contribuciones teóricas al respecto de los juristas soviéticos Eugeni Pashukanis y Piotr Stucka, habían sido reducidas a las relaciones sociales de producción e intercambio, lo que centraba entonces en la lucha de clases cualquier posibilidad de transformación revolucionaria. Vistos así, el Estado y el derecho quedan reducidos a la materialidad de la base económica como meras realidades de hecho o de fuerza.

Si bien el propio Poulantzas reconoció cierto sesgo teórico de sus trabajos en detrimento de un relativo abandono de lo concreto, es decir, una subestimación relativa de la centralidad de los hechos concretos

(Poulantzas, 1972: 240)⁶, el intelectual marxista griego argumenta que tanto Marx como Engels reconocieron el carácter históricamente positivo del Estado y el derecho burgués, sobre todo el reconocimiento de los valores de la libertad y la igualdad, si bien es cierto que advierten que dicho reconocimiento se limita más bien a un reconocimiento formal ya que en la práctica, como clase, la burguesía los niega totalmente. “Marx y Engels reconocieron un carácter positivo al derecho y al Estado burgués en comparación con el del periodo histórico anterior”, señala (Poulantzas, 1969: 23-24). Le toca entonces al proletariado llevar dicho reconocimiento formal a la realidad práctica, es decir, haciéndolos materialmente eficaces. Para Poulantzas, en ello radica la especificidad histórica del Estado y el derecho moderno: la posibilidad de adelantar la lucha por hacer realidad dichos valores de la libertad y la igualdad, sin provocar necesariamente un estallido del orden estatal y jurídico. No se trata de destruir el Estado burgués, como hasta ahora había propuesto el marxismo, sino que de transformar a éste desde adentro mediante su creciente democratización efectiva. En eso radica la llamada “vía democrática al socialismo” en sustitución de la vía revolucionaria, basada esta última en la construcción de un poder alternativo que derrote y destruya las formas e instituciones del poder burgués y las sustituya por formas e instituciones nuevas. La política domina sobre la lucha de clases. La contienda entre partidos políticos desplaza a la contradicción entre capital y trabajo, así como a las relaciones de explotación en que se centra esta (Meiksins Wood, 1986: 25-46). La democracia representativa de raíz liberal viene así a desplazar la democracia directa de los soviets o las comunas empuñadas hasta ese momento por los comunistas.

Según Poulantzas, esta evolución del Estado y el derecho había sido anticipada incluso por Engels cuando dijo: “En un Estado moderno, el derecho no debe solamente corresponder a la situación económica en general y ser su expresión, debe ser una expresión coherente en sí misma

6 Una excepción a ello parecería ser sus análisis posteriores del fenómeno del fascismo en Europa, como también su análisis del fin de las dictaduras en Portugal, Grecia y España.

que no se desvirtúe por contradicciones internas” (Engels, 1890). De ahí que Poulantzas concluye que “para el pensamiento marxista, se trata de descubrir las mediaciones entre la base y la superestructura *respetando su especificidad actual*”, la que le otorga una autonomía relativa frente a lo económico (Poulantzas, 1969: 30). Propone así la existencia de una separación relativa entre el Estado y las relaciones sociales de producción. Aunque reconoce que en éstas está la base estructural de la que se deriva el Estado, en la práctica tiende a subestimar a éstas como formas sociales de existencia de la dominación capitalista.

Es así que, según Poulantzas, la posibilidad de una conquista del poder es por medio de “una organización *hegemónica* de la clase obrera, por medio de una organización que la eleve de su lugar subalterno al nivel de una clase que vislumbre ya, luchando por su conquista, el ejercicio concreto del poder” (Poulantzas, 1969: 36-37). El poder, según Poulantzas, es la capacidad de la clase para realizar sus intereses específicos, así como el Estado es el lugar de organización estratégica para lograr materializar dichos fines. La lucha de clases adviene en lucha política, lo que crecientemente le impone a la perspectiva teórico-práctica de la lucha de clases cierta indeterminación, por no decir invisibilización.



El pensamiento de Poulantzas tiene una gran influencia de Gramsci. Según Gramsci, bajo el Estado moderno, el poder se había tornado en un fenómeno más difuso y dispersado a través de toda la sociedad civil y, por tanto, no centrado exclusivamente en el Estado. Ya no se trataba entonces de organizar, como en el caso de los bolcheviques, un asalto al poder por medio de la toma del Palacio de Invierno. Sostiene que el poder ya no se ejerce basado en relaciones de fuerza y dominación, sino que ahora está cimentado más en el consentimiento de los gobernados. A partir de ello, Gramsci entendía que el modelo del asalto frontal al poder era ya obsoleto y en su lugar se imponía un cambio en la perspectiva estratégica de los comunistas que implicase librar una lucha política desde la sociedad civil, concentrada en el cambio en las relaciones de fuerza, sobre todo para restarle la hegemonía política al bloque de fuerzas en que se apuntala el poder de la burguesía. El objetivo de esa nueva estrategia es potenciar desde la sociedad civil un nuevo bloque histórico que lleve a la burguesía a una crisis orgánica de su hegemonía política. Sólo entonces se lograría abrir paso a una ruptura con lo viejo y facilitar el advenimiento de un nuevo sistema hegemónico.

Dentro de la perspectiva gramsciana, lo político se erige en la estructura determinante desde la cual se puede cambiar las formas socioeconómicas prevalecientes, pasando a un segundo plano el elemento de la fuerza, sobre todo aquella producto de la lucha de clases que se manifiesta en el seno de la base económica. Pero, claro está, para ello es de fundamental importancia que se constituya una nueva subjetividad para lo cual hace falta la presencia de ese intelectual orgánico, el Partido Comunista, que cumple la función educativa de esa nueva consciencia política. La nueva hegemonía no surge espontáneamente ni es algo que se puede imponer desde arriba sino que se tiene que potenciar desde abajo.

Más allá de Chile, en Europa, Francia e Italia representaban nuevas experiencias potenciales de esta nueva propuesta estratégica. Era un tiempo en que sectores de la izquierda veían con cierta esperanza la posibilidad de potenciar cambios significativos por medio del Estado social o

de bienestar, con su agenda redistributiva y socializante de la propiedad privada burguesa, así como su ampliación de los derechos humanos y constitucionales. Chile les había demostrado inicialmente que se podría abrir paso, por la vía electoral, a un avance de la izquierda socialista y comunista para seguir profundizando las tendencias progresistas que iban marcando la política en dichos países.

Sin embargo, la realidad terminó demostrando que el elemento de la fuerza y la dominación seguía anidando en las sombras. Si bien la gobernabilidad en el Estado moderno no puede mantenerse exclusivamente con una represión institucionalizada, como en las dictaduras abiertas, tampoco dicho Estado se sostiene en última instancia sin la fuerza. Gramsci advirtió sobre ello, aunque no se le hizo caso. El Estado burgués no es una forma política neutral, sino que ha sido concebido como instrumento al servicio de la reproducción permanente del sistema capitalista y sus relaciones sociales y de poder. No me canso de repetirlo: el ejercicio del poder burgués no se ve limitado por la legalidad establecida cuando siente que su dominación está amenazada. En ese sentido, cualquier relativa autonomía de lo político y lo jurídico con relación a lo socioeconómico siempre estará sujeta a esa limitación estructural.

El Estado de derecho está siempre supeditado al Estado de hecho. De ahí que, con perdón de Poulantzas, el derecho no es más que el reconocimiento oficial del hecho económico-político, como bien advirtió Marx, así como Pashukanis y Stucka. A partir de ello sirve también como instrumento de ordenación de las relaciones sociales y de poder. Lo demás son elucubraciones teóricas inspiradas en las ilusiones generadas por la relativa estabilidad del capitalismo europeo de la posguerra bajo el reformismo keynesiano y el papel desempeñado en ese contexto por el Estado social o benefactor. Luego advino, con una violencia inusitada, la contrarrevolución neoliberal y su desplazamiento por el Estado de la subsunción real y total de la vida toda bajo las lógicas y dictados salvajes del capital. Se comprobó así que la autonomía relativa del Estado y el

derecho está siempre históricamente determinada. Se trata de un fenómeno materialmente contingente que no puede reducirse a una idea a priori.

Justo es reconocer, sin embargo, que al final Poulantzas llegó a preocuparse por estos cambios por los que estaba atravesando la forma Estado, los cuales conceptualizó como “un estatismo autoritario” atravesado por unas relaciones de fuerzas y contradicciones de clases, y entre las distintas fracciones de éstas. Ahora bien, este desarrollo del Estado burgués en momentos en que se enfrenta a amenazas a su supervivencia ya había sido planteado por Pashukanis:

“En nuestra época, en que las luchas revolucionarias se han intensificado, podemos observar cómo el aparato oficial del Estado burgués deja el lugar a los cuerpos francos de fascistas, etcétera. Eso nos prueba una vez más que cuando el equilibrio de la sociedad es roto, ésta no busca su salvación en la creación de un poder situado por encima de las clases, sino en la tensión máxima de todas las fuerzas de clase en lucha (Pashukanis, 1976: 142).”

Ya Louis Althusser —otra de las influencias de Poulantzas— había advertido sobre la diferencia que se estaba asomando en la forma política de la dictadura de la burguesía con el propósito de enfrentarse al desarrollo importante del movimiento revolucionario en el mundo, sobre todo ante la alianza de los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo con las fuerzas anticapitalistas, tanto del campo socialista como en el seno de las potencias imperialistas (Althusser, 1977: 194-195). No debía subestimarse en ese sentido el poder del Estado burgués para reestructurarse en contra de las tendencias redistributivas y democratizadoras que limitaban la capacidad del capital para seguir reproduciéndose de conformidad con sus propias leyes y reglas. Pero, así como el Estado burgués buscaba asegurar su poder absoluto para enfrentar a sus enemigos, también estos demostraban señales de que enfrentaba su propia crisis y que buscaba también resignificarse en función de nuevas circunstancias y retos, como fueron los encarnados en Chile entre 1970-1973. En ese

sentido, lo ocurrido en Chile representó un “experimento” cuyos resultados tendrían hondas repercusiones mundiales, tanto para la izquierda socialista y comunista como también para la derecha anticomunista y crecientemente neoliberal.

En el caso de España, Francia e Italia, ello representó la potenciación de lo que se conoció como el eurocomunismo, lo que resultó ser finalmente el referente concreto que buscaba Poulantzas. Bajo el eurocomunismo los partidos comunistas proclamaron una nueva estrategia para acceder pacíficamente al poder por la vía electoral, aceptando además la alternancia gubernamental. Al socialismo se accedería no por el uso de la fuerza, como expresión dura de la lucha de clases, sino que por medio del voto democrático, sin abandonar la lucha de clases aunque sí la tesis de la dictadura del proletariado. Se aceptaba así, para todos los fines prácticos, el liberalismo como nuevo estándar de lo democrático. Para Althusser, sin embargo, el abandono del concepto de dictadura del proletariado no era algo que se podía decretar por encima de las relaciones sociales y de poder en que se fundamenta. Por ello, sugiere que ya el tiempo diría si efectivamente desaparece o si vuelve a reaparecer por “la verdad científica” que refleja. En lo inmediato, por lo menos, proyectó una ruptura con el modelo de la Unión Soviética y el socialismo real europeo (Althusser, 1977: 198-199).

Es preciso recordar aquí el énfasis que Althusser pone en la idea de que lo que asegura finalmente la reproducción de las relaciones sociales y de poder capitalistas son los aparatos de Estado: el aparato represivo y los aparatos ideológicos, incluyendo lo que identifica como “ideología de Estado” e “ideología jurídica”, las que para él anidan fundamentalmente en el inconsciente y de ahí su fuerza determinante de la subjetividad. Y es que el Estado para él es un aparato de dominación en el que sólo se reconoce, en última instancia, la fuerza de la clase dominante. También el derecho existe en función de esa dominación y, en atención a ello, es necesariamente represivo. La base de ambos es asegurar la explotación de unos seres humanos por otros. De ahí que el objetivo de la lucha de

clases no se puede reducir a un mero cambio gubernamental sino que de lo que trata es de la conquista del poder del Estado y sus aparatos de reproducción, para luego romper radicalmente con esa forma política y su base socioeconómica en la nueva sociedad comunista (Althusser, 2015: 93-112).

El triunfo electoral en Francia de los socialistas y comunistas en 1981, encabezados por François Mitterand, terminó luego en un fracaso al verse forzados a abrazar los nuevos aires neoliberales que se extendían por todo el planeta. Para fines de la década de los setentas el Partido Comunista Francés (PCF) había redefinido su perspectiva estratégica. La perspectiva marxista de la lucha de clases como motor de la política revolucionaria pasó a ser desplazada por la perspectiva liberal. Hoy el PCF representa una fuerza política marginal según los resultados de las elecciones presidenciales pasadas de 2022. En el caso del Partido Comunista Italiano, fundado por Gramsci y Bordiga, se decide su disolución en 1991 para la creación, en su lugar, del Partido Democrático, de orientación liberal y socialdemócrata. En ambos casos, para todos los fines prácticos se le dio la espalda al marxismo y se abandonó en la práctica el objetivo de luchar por la potenciación de un tránsito del capitalismo al socialismo. En el caso de España, el Partido Socialista Obrero Español abandonó el marxismo en 1979, optando por definirse como partido socialdemócrata. Por su parte, el Partido Comunista de España terminó diluyéndose en 1986 en un frente de partidos y organizaciones conocido como Izquierda Unida.

Para todos los fines, la izquierda, incluyendo un sector significativo de la izquierda marxista, terminó dándole la razón a la controvertible tesis de Francis Fukuyama sobre el fin de la historia, según enunciada por éste en 1988. El fin de la guerra fría entre EEUU y la URSS constituye “el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno humano” (Fukuyama, 1988). Producto de ello la dialéctica entre el amo y el esclavo, el capitalista y el proletario, arribó a su estación final. La historia como

contradicción entre el capital y el trabajo llegó a su fin, asegura Fukuyama. Podrán haber conflictos en el futuro pero estos serán vistos en el marco de una nueva consciencia histórica que estará centrada básicamente en torno a lo económico, aunque determinada estrictamente por las formas y lógicas liberales, incluyendo las neoliberales.

Así las cosas, vemos como el golpe en Chile dio inicio a un periodo en que la izquierda marxista terminó estratégicamente metida en un callejón sin salida por su fetichismo de las formas sociales burguesas del Estado y el derecho. El fetichismo consiste en que se termina actuando como si tanto el Estado como el derecho tuviesen vida propia, realmente autónomas que responden sólo a sus propias lógicas operacionales. Se ha demostrado una incapacidad pasmosa para entender que detrás de lo que enuncian formalmente, hay una realidad material que se impone. He allí la gran perversidad de la forma política estatal y forma jurídica: ocultan su verdadera cara y nos compelen a establecer con ellas una relación fetichizada basada más en una ilusión en torno a sus promesas que en la realidad de los múltiples incumplimientos con éstas.

Sin embargo, la historia no ha llegado a su fin, ni su dialéctica de la contradicción. Ambas siguen vivas. De ahí que toda proposición en abstracto sobre la historia no nos acerca a la verdad. Hay que identificar su despliegue real. La dialéctica es ese despliegue material de la historia y la vida, y no la repetición mecánica de esquemas y lógicas abstractas, es decir, que se abstraen de su prueba de fuego: lo real. De ahí que no puede reducirse la dialéctica a mero método o pura teoría, ya que es, como tal, el movimiento real de la historia, el cual es inmanente a las circunstancias que necesitamos y buscamos transformar, por más que se pretenda ideológicamente enmascarar o ignorar. El mundo es inherentemente contradictorio, permanentemente contradictorio. No hay un afuera de la contradicción.



El gobierno de Gabriel Boric prefiere seguir huyendo de esa gran verdad, celebrando tímidamente el martirio de Salvador Allende a 50 años del golpe, mientras que una derecha recompuesta y envalentonada reivindica el golpe. Temeroso de que pueda repetirse la historia, admite en su mensaje en el acto oficial conmemorativo que “la democracia no está garantizada” y puntualiza que “la democracia es un fin en sí mismo, no meramente instrumental, y la violencia política no cabe dentro de ella”. Ante la insistencia de la derecha de que no había alternativa al golpe, señaló Boric: “¡Por supuesto que había otra alternativa! Y el día de mañana, cuando vivamos otra crisis, siempre va a haber otra alternativa que implique más democracia y no menos” (Boric, 2023).

¿De qué democracia hablamos? ¿La burguesa, la liberal, la misma que una y otra vez demuestra ser el pantano donde finalmente muere la revolución porque dicha “democracia” no fue hecha para ir en contra del capital y su dominación?

Así las cosas, apenas habían pasado 100 días de su gobierno cuando Boric decidió prorrogar el estado de emergencia a cargo de las Fuerzas Armadas, para la pacificación del conflicto histórico con el pueblo mapuche en La Araucanía. Asimismo, continúa defendiendo a los Carabineros

frente a las críticas internas y externas de que han sido objeto por sus acciones represivas criminales contra los manifestantes del estallido social de octubre de 2019 contra el gobierno derechista de Sebastián Piñera. Fueron más de 1,400 personas que recibieron heridas de bala, 220 de los cuales con trauma ocular severo. Hubo 1,100 denuncias por torturas y tratos crueles y degradantes, incluyendo 70 delitos de carácter sexual contra mujeres. Se trata de un gobierno débil e inseguro que le ha permitido a la derecha, incluyendo su ala fascista, retomar la ofensiva y neutralizar cualquier posibilidad real de refundación constitucional del país más allá del orden legado por el sátrapa Pinochet.

¡Otra oportunidad que pierde la izquierda! Se repite así la historia por no querer aprender de ella y seguir insistiendo en ignorar que no existe un afuera de la contradicción. Me refiero, por un lado, a la contradicción capital-trabajo, siendo que el capital es consustancialmente una relación social estructurada adversativamente, la cual no podemos eludir y de la cual están impregnadas las formas sociales creadas por el capitalismo para asegurar su reproducción eterna. Por otro lado, me refiero al carácter antagónico de esa contradicción. No hay conciliación posible, como ya demuestra el rumbo salvaje tomado por el capital a partir de 1973. Sólo nos cabe prepararnos y organizarnos para superarla victoriosamente en sus despliegues materiales inmediatos, sin recetas, pero también sin ilusiones falsas o reconciliaciones fáciles.

BIBLIOGRAFÍA

Allende Gossens, Salvador, *Discurso en el Estadio Nacional como despedida a Fidel Castro*, Santiago de Chile, 2 de diciembre de 1971. <https://www.marxists.org/espanol/allende/1971/diciembre04.htm>

Althusser, Louis (1977). "The Historic Significance of the 22nd Congress", en Balibar, Etienne. *On the Dictatorship of the Proletariat*. London / New York: New Left Books.

Althusser, Louis (2015). *Sobre la reproducción*. Madrid: Akal.

Amoros, Mario (2023). *Allende. Biografía política. Semblanza humana*. Santiago de Chile: Penguin Random House Grupo Editorial.

Benítez, Julio (1971). Entrevista “Hay que endu-
recer la lucha por el poder”. Santiago de Chile:
Punto Final.

Boric, Gabriel. *Presidente de la República Ga-
briel Boric Font lidera acto central en Conmemo-
ración de los 50 años del Golpe de Estado*, 11 de
septiembre de 2023. Santiago de Chile: Prensa
Presidencia. [https://prensa.presidencia.cl/co-
municado.aspx?id=251146](https://prensa.presidencia.cl/comunicado.aspx?id=251146)

Castro Ruz, Fidel. *Discurso pronunciado en el
acto de despedida que le brindo el pueblo de Chi-
le, en el Estadio Nacional*, Santiago de Chile, 2 de
diciembre de 1971. Departamento de versiones
taquigráficas del Gobierno Revolucionario de
Cuba.

Engels, Federico. *Carta a Conrad Schmidt*, 27 de
octubre de 1809.

Engels, Federico & Kautsky, Karl (2012). *O socia-
lismo jurídico*. São Paulo: Boitempo.

Fukuyama, Francis (1988). “El fin de la historia”,
publicado originalmente en inglés en *The Natio-
nal Interest*, Verano, 1989-1990.

Marx, Karl (2009). *Elementos fundamentales
para la crítica de la economía política (Grundris-
se) 1857-1858, Volúmen 1*. México: Siglo XXI.

Marx, Karl (2015). *Antología*. Buenos Aires: Siglo
XXI.

Meiksins Wood, Ellen (1986). *The Retreat from
Class*. London/New York: Verso; Meiksins
Wood, Ellen (2013). *¿Una política sin clases? El
post-marxismo y su legado*. Buenos Aires: RyR
ediciones.

Novoa Monreal, Eduardo (1975). *El derecho
como obstáculo al cambio social*. México: Siglo
XXI.

Poulantzas, Nicos (1969). “La teoría marxista del
Estado y del derecho y el problema de la *alterna-
tiva*”, en Poulantzas, Nicos. *Hegemonía y domi-
nación en el Estado moderno*. Córdoba: Cuader-
nos de Pasado y Presente.

Poulantzas, Nicos (1972). “The Problem of the
Capitalist State”, en Blackburn, Robin (ed.). *Ideo-
logy and the Social Sciences*. Glasgow & London:
Fontana.

Rivera Lugo, Carlos (1973). “Chile: sobre algunas
contradicciones en el seno de un proceso”, en
Nueva Lucha. Revista de discusión política del
PSP, 6, 37-47. San Juan de Puerto Rico. [https://
es.scribd.com/document/153494118/Revista-
Nueva-Lucha-PSP-MPI-Numero-6-ano-1973](https://es.scribd.com/document/153494118/Revista-Nueva-Lucha-PSP-MPI-Numero-6-ano-1973).

Sader, Emir (2021). “El diálogo entre Poulantzas
y América Latina quedó trunco”, en *Jacobin, Bue-
nos Aires*. [https://jacobinlat.com/2021/05/03/
sader-el-dialogo-entre-poulantzas-y-america-la-
tina-quedo-trunco/](https://jacobinlat.com/2021/05/03/sader-el-dialogo-entre-poulantzas-y-america-latina-quedo-trunco/)





La política internacional del gobierno de la Unidad Popular¹

Sergio Rodríguez Gelfenstein*

El Gobierno de la Unidad Popular dirigido por el Presidente Salvador Allende ejerció una política internacional asentada en la necesidad histórica del pueblo chileno de conquistar nuevos y reales niveles de independencia ante las pretensiones monopólicas de grupos económicos hegemónicos y las arremetidas del imperialismo que procuraron impedir la consagración del proyecto socialista en el continente americano.

Es así como, el principal objetivo de la política internacional del Gobierno de Allende fue el “fortalecimiento de la plena autonomía política y económica... sobre la base del respeto a la autodeterminación y a los intereses del pueblo de Chile”. Así lo revela en su primer mensaje a la nación, en mayo de 1971:

- La política internacional del Gobierno de la Unidad Popular no es sino la proyección en el plano externo de la forma cómo se ha concebido y definido nuestro quehacer histórico: iniciar en nuestra

* Consultor y analista internacional venezolano. Doctor en Estudios Políticos por la Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela. Licenciado y Magister en relaciones Internacionales por la Universidad Central de Venezuela. Desde marzo de 2016 es Investigador Invitado del Centro de Estudios Globales de la Universidad de Shangái, China. En el 2023 publicó la obra *China en el Siglo XXI: El despertar de un gigante*. San Juan de Puerto Rico: Ediciones Mágica / VAMOS.

¹ Ponencia presentada en Santiago de Chile el 8 de septiembre de 2023.

Patria la construcción del socialismo como único camino eficaz para que las grandes masas, encabezadas por el proletariado, alcancen el pleno ejercicio del poder y el justo uso de la riqueza común

Allende, apoyado por las fuerzas del movimiento obrero, desarrolló una política de reubicación internacional de este país. Se trataba de sacar a Chile del alineamiento único con el norte para insertarlo en el nuevo orden de naciones que decidieron enrumbarse en un camino alternativo de autonomía y defensa de la soberanía, de todos aquellos que en cualquier lugar del mundo luchaban contra el colonialismo, el imperialismo y la dependencia.

En cada uno de los escenarios en que se desarrolló la política internacional del Gobierno (multilateral, regional o bilateral), tuvo como basamentos fundamentales los preceptos de resguardo a los principios de convivencia inscritos en la Carta de Naciones Unidas, no intervención en los asuntos internos de cada Estado, libre determinación soberana de los pueblos, defensa del patrimonio nacional, nacionalización de las industrias básicas frente a las ambiciones monopólicas de las empresas multinacionales, transformación radical de los elementos de la estructura internacional que cimientan las bases del capitalismo como sistema de dominación; y, por ende, la construcción del socialismo como real alternativa política y económica, pluralismo ideológico, antiimperialismo y solidaridad con las luchas de liberación emprendidas en aquel momento por otros pueblos, afirmación de la identidad latinoamericana; y con ello, necesidad de crear condiciones endógenas regionales para el desarrollo de la integración político, económica y social del continente, en especial en el ámbito andino, intención de avanzar hacia una real y solidaria política internacional de los pueblos, alejadas de convencionalismos institucionales.

En el escenario multilateral, el Presidente Allende mantuvo posiciones muy definidas, defensa activa de la independencia de Chile y de la

potestad soberana de su país de mantener un control férreo y efectivo de sus recursos naturales, especialmente del cobre, valoración del principio de autodeterminación, derecho del pueblo chileno a construir pacífica y democráticamente una alternativa hacia el socialismo, denuncia clara y contundente del sistema de dominación y explotación establecido por las estructuras capitalistas y las acciones del imperialismo, así como el cuestionamiento constante de las funciones de aquellas instituciones internacionales y regionales que en diversas ocasiones parecían articularse como instrumentos de intereses foráneos.

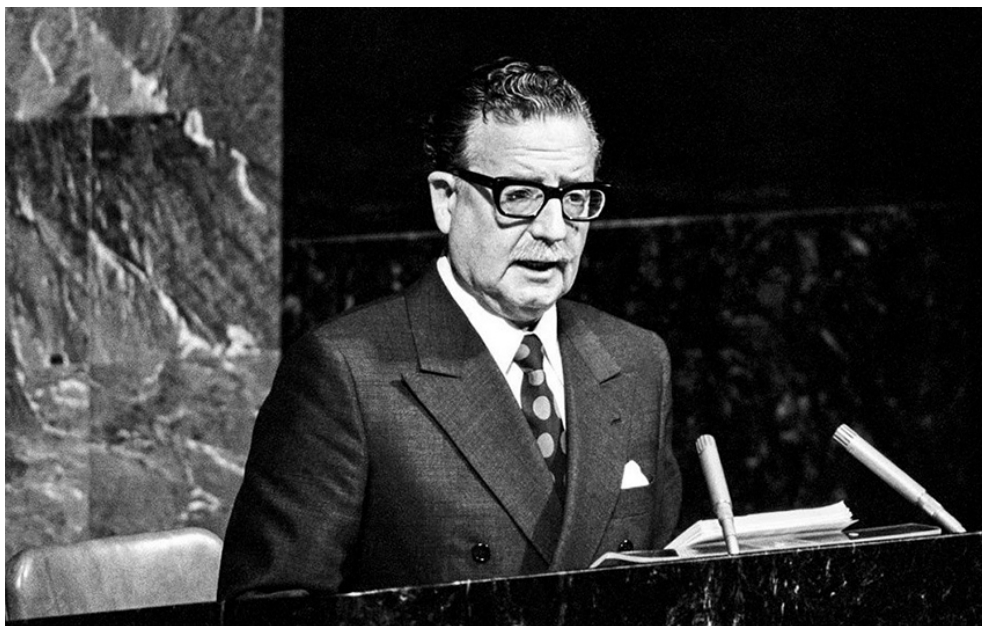
El discurso ofrecido por el Presidente Allende el 4 de diciembre de 1972 ante la Asamblea General de la Organización de Naciones Unidas muy bien podría definir la posición de Chile frente a las distintas dinámicas a las que tuvo que hacer frente su Gobierno en el escenario multilateral entre 1971 y 1973. A través de aquellas palabras, Allende no vaciló en denunciar las distintas agresiones y maniobras de las cuales fue víctima su país por los distintos agentes internacionales que no perdonaron la voluntad soberana del pueblo chileno de nacionalizar el cobre y otras importantes industrias extractivas. En aquella ocasión Allende manifestó:

“Desde el momento en que triunfamos electoralmente el 4 de septiembre de 1970, estamos afectados por el desarrollo de presiones externas de gran envergadura, que pretendieron impedir la instalación de un gobierno libremente elegido por el pueblo y derrocarlo desde entonces. Que ha querido aislarnos del mundo, estrangular la economía, paralizar el comercio del principal producto de exportación que es el cobre y privarnos del acceso a las fuentes de financiamiento internacional y señaló más adelante nos encontramos, frente a fuerzas que operan en la penumbra, sin bandera, con armas poderosas, apostadas en los más variados lugares de influencia.”

De igual manera, expresó que los problemas y enemigos a que se enfrentaba Chile eran los mismos que combatían la mayoría de los países del tercer mundo, a saber “la actual estructura hegemónica político-económica de dominación”. Por tal razón, su llamamiento de unidad a los

pueblos y gobiernos del mundo, sobre todo a los países del sur, quienes reclamaban por el desarrollo de condiciones justas y democráticas, que priorizaran la inclusión y el bienestar social. Su convocatoria, manifestando la decisión histórica del pueblo chileno de construir el socialismo, se resume en la concreción de nuevos modelos alternativos de sociedad que permitieran superar las terribles circunstancias vividas por los países subdesarrollados:

“Hoy vengo aquí porque mi país está enfrentando problemas que en su trascendencia universal son objeto de la permanente atención de esta Asamblea de las Naciones Unidas: la lucha por la liberación social, el esfuerzo por el bienestar y el progreso intelectual, la defensa de la personalidad y dignidad nacionales. La perspectiva que tenía ante sí mi patria, como tantos otros países del Tercer Mundo, era un modelo de modernización, -que los estudios técnicos y la realidad más trágica coinciden en demostrar- que está condenado a excluir de las posibilidades de progreso, bienestar y liberación social a más y más millones de personas, relegándolas a una vida subhumana...El chileno es un pueblo que ha alcanzado la madurez política para decidir, mayoritariamente, el reemplazo del sistema económico capitalista por el socialista.”



Siguiendo los lineamientos dispuestos en el Programa del Gobierno de la Unidad Popular, en donde se invita al cuestionamiento de aquellas estructuras e instituciones que benefician sólo el interés imperial, el Presidente Allende impulsó la búsqueda de mecanismos que permitieran transformar profundamente la Organización de Estados Americanos (OEA) adecuándola a la realidad regional y a las aspiraciones de independencia, soberanía, participación y bienestar social de los países miembros.

En la figura de su canciller, Clodomiro Almeyda, planteó abiertamente en distintas oportunidades, la necesidad de superar dos ficciones fundamentales que subyacían en el seno de la OEA (y que persisten hasta hoy), impidiendo que a través de ella se pueda sustentar un diálogo constructivo entre los gobiernos: en primer lugar, la ficción de suponer que dentro de la Organización se reúnen estados en condiciones de igualdad, obviando la presencia e influencia hegemónica de Estados Unidos en la dirección de las decisiones fundamentales; y, en segundo lugar, la ficción de considerar la existencia de una sólida homogeneidad de intereses entre esos estados y el hegemón, en base a una inexistente comunidad de objetivos, ideales y necesidades.

Allende señaló, en diversas oportunidades durante sus alocuciones públicas la imposibilidad de cimentar una relación de trabajo eficiente, transparente y constructiva mientras se mantuvieran dichas contradicciones en la organización. Según él, era tan evidente la oposición de intereses que se planteaba en diversos aspectos de la vida económica y el acontecer político en la región, que resultaba insostenible la edificación de nada sólido y duradero.

Este lenguaje franco y directo encontraba acogida en numerosos gobiernos de la región, que brindaron permanente respaldo a Chile ante las agresiones de que era objeto por parte de Estados Unidos, sin que la OEA, supuesta garante de la democracia, la soberanía, el desarrollo social y la asistencia recíproca en materia militar en el continente americano,

podiera tan siquiera mostrar entusiasmo por las propuestas de transformación realizadas desde el Gobierno de la Unidad Popular.

En el marco de la superación de las desigualdades, la promoción de un espíritu de solidaridad por las luchas de liberación de otros pueblos en el mundo, la cooperación entre los gobiernos del sur y en ejercicio del principio de pluralidad ideológica, el Presidente Allende tomó la decisión de incorporar a Chile al Movimiento de Países No Alineados, muchos de cuyos postulados coincidían con los enunciados de su política internacional.

El común interés de los pueblos de América Latina por superar el subdesarrollo y la dependencia, inspiraron al Presidente Allende a ubicarse en el mundo junto a otros pueblos que en Asia y África enfrentan desafíos semejantes. Con la incorporación de Chile al Movimiento de Países No Alineados, Allende buscaba fortalecer en un mismo bloque a todo los países subdesarrollados, sobreponiéndose sobre las diferencias, que separaban a unos de otros, animado por la firme convicción de que sólo en la unidad y conformación de un conglomerado amplio, se podría enfrentar eficazmente los desafíos y agresiones de los países poderosos.

Dentro de esta perspectiva, el Gobierno de la Unidad Popular procuró acrecentar sus relaciones con distintos países miembros del movimiento. Es así como se procedió a intercambiar embajadores y establecer embajadas en Guyana, Zambia, Libia; a iniciar lazos diplomáticos con Nigeria, Guinea, República Popular del Congo, Madagascar y Tanzania; y a estrechar vínculos de amistad con países como Argelia e India.

Desde la tribuna del Movimiento de Países No Alineados, llamó al derrocamiento de las desfasadas bases del institucionalismo multilateral cuyo origen se encontraba en la conservación del status quo del término de la segunda guerra mundial. El Sistema de Naciones Unidas así como los organismos surgidos de Bretton Woods fueron el centro de sus críticas.

La defensa del patrimonio y el derecho soberano a controlar la explotación de los recursos naturales, en especial el cobre, fue uno de los ejes transversales por los cuales se evaluaba cada una de las acciones emprendidas por el gobierno de la Unidad Popular en el ámbito internacional. Es así, que puede entenderse la activa participación de Chile como miembro fundador del antiguo Consejo Intergubernamental de Países Exportadores de Cobre (CIPEC), el cual integraban además Perú, Zambia y Zaire. Este organismo, creado en el año 1964 procuró la coordinación de los proceso de producción y comercialización del cobre de sus países miembros, a fin de obtener mejores ingresos por la práctica de políticas comunes. Algo similar a la OPEP en materia petrolera. En conjunto, los países del CIPEC representaron, en aquel momento, el 41% de la producción total mundial y el 75% del cobre de exportación en el mercado internacional. Cabe recordar que en 1973, Chile era el cuarto país productor de cobre después de Estados Unidos, Unión Soviética y Zambia.

Durante este período de la organización, en la que Allende tuvo un marcado protagonismo, la prioridad estuvo marcada en la lucha de los países miembros por obtener el control de sus recursos cupríferos. Él apoyó, fomentó y respaldó las nacionalizaciones de estos recursos, así como la articulación de un frente común en respuesta a las represalias emprendidas por las empresas transnacionales que se sintieron perjudicadas por estas nacionalizaciones. En su mensaje con motivo de la nacionalización del cobre el 11 de julio de 1971, Allende reiteró:

“Quiero insistir que, porque el pueblo es Gobierno, es posible que hoy día digamos que el cobre será de los chilenos...No queremos ser un país en vías de desarrollo que exporte capitales; no queremos seguir vendiendo barato y comprando caro. Por eso, ahí está el programa de la Unidad Popular, que es un programa esencialmente patriótico, puesto al servicio de Chile y los chilenos. Y por eso estoy aquí, como Presidente del pueblo, para cumplir implacablemente ese programa.”

En el escenario latinoamericano, la política desarrollada por el Presidente Salvador Allende comprendió el reforzamiento de lo que se llamó “la

personalidad latinoamericana”, aludiendo a la potencialidad existente entre los pueblos de la región para conformar un bloque político-económico, que consolidara la independencia, la soberanía y el incremento del bienestar social.

De igual manera, el principio de “pluralidad ideológica” marcó cada una de las acciones y propuestas, que en el escenario latinoamericano, emprendió el Gobierno de la Unidad Popular. Esta doctrina se contrapuso a la tesis de “fronteras ideológicas”, impuesta en la región por Estados Unidos y defendida en ese momento principalmente por los gobiernos militares de Argentina y Brasil, los cuales apegados a dictámenes imperiales, se mantuvieron siempre expectantes del esquema de transformación socio-político desarrollado en Chile.

La implementación de esta doctrina fue anunciada por el Presidente Allende en abril de 1971 con ocasión de la firma de una declaración conjunta entre Chile y Colombia. Desde su aplicación, se constituyó en el fundamento del establecimiento de las cordiales relaciones que desarrolló su Gobierno con otros de la región que asumían formulas políticas adversas al proyecto socialista chileno.

El éxito de esta política no sólo evitó el aislamiento político o el surgimiento formal de frentes antagónicos propiciados por los intereses estadounidenses en la región. Por el contrario, facilitaron la apertura de pequeños pero importantes espacios para la solución de problemas fronterizos, especialmente con el gobierno de Buenos Aires, presidido en aquel momento por el General Alejandro Lanusse.

La diplomacia chilena fue capaz de construir relaciones de coexistencia pacífica con Argentina, país que era considerado por Allende como prioritario para garantizar el equilibrio regional; no sólo por la importancia del intercambio comercial, sino por los problemas derivados de la delimitación fronteriza, que reavivados desde 1958, eran considerados como potencial fuente de conflictos. En el mes de julio de 1971, ambos

gobiernos concretaron la firma de los Acuerdos de Salta, mediante los cuales se negociaron por vía pacífica los conflictos limítrofes entre ambas naciones. Durante la cena que le ofreció el General Lanusse en su honor, el Presidente Allende defendió la “vía chilena al socialismo”, afirmando su intención de concretar programas productivos en común, dirigidos a favorecer el desarrollo social de los pueblos:

“A través del Gobierno Popular que presido, Chile construye una economía humana e independiente, inspirada en los ideales socialistas. Queremos reestructurar la sociedad chilena en términos de justicia y libertad para lograr un desarrollo nacional auténtico... Tomada ya posesión de la gran minería del cobre, fundamento de nuestra economía, podremos acometer en íntima colaboración con los países hermanos, empresas significativas destinadas a promover nuestro desarrollo acelerado, liberándonos de voluntades hegemónicas contrarias a los intereses superiores de Hispanoamérica.”

Apenas un mes y medio después, el Presidente Allende viajó a Perú, país con el que Chile había desarrollado relaciones históricamente tensas luego de la Segunda Guerra del Pacífico (1879-1883). Pero desde 1968, Perú estaba siendo gobernada por el General nacionalista Juan Velasco Alvarado, quién se encargó de emprender una política progresista y antiimperialista. La visita de Allende evidenció la coincidencia con la que ambos gobiernos coincidían en diversos temas de cooperación, tales como la necesidad de transformar el orden económico mundial, la superación de la dependencia de los países subdesarrollados, el enfrentamiento a los intereses foráneos en la región y de la nacionalización de los recursos naturales. El General Velasco Alvarado se declaró fiel admirador de la figura de Salvador Allende; por primera vez en casi un siglo, ambas naciones mantuvieron relaciones de amistad, las cuales se extendieron hasta el derrocamiento del Gobierno de la Unidad Popular.



Durante su visita al presidente ecuatoriano José María Velasco, el presidente Allende reiteró la necesidad de encuadrar los intereses latinoamericanos bajo las banderas históricas de unidad, el fortalecimiento de las soberanías y el desarrollo social de los pueblos suramericanos. En aquella ocasión, recordó alguno de los intentos por concretar la integración real en el continente:

“En 1848, con un sentido de la Unidad Continental, los países que hoy integran el Grupo Subregional Andino, firmaron un Tratado de Confederación, para defender sus respectivas soberanías contra los ultrajes extranjeros en América Latina. En virtud de este tratado, chilenos y ecuatorianos prometieron defenderse mutuamente contra actos de intervención que pretendan alterar las instituciones republicanas...Menos de veinte años más tarde, firmaban un nuevo tratado de alianza defensiva, reiterando los acuerdos anteriores , y obligándose las partes a defenderse contra toda agresión... La cooperación entre nuestros países, en conformidad con nuestra realidad, debe estar inspirada por las grandes tareas que debemos llevar a cabo, para que el hombre latinoamericano pueda realizarse libremente... Establezcamos juntos la Gran Nacionalidad Latinoamericana...”

El fortalecimiento de relaciones cordiales y solidarias fueron el mayor recaudo logrado por el Presidente Allende luego de sendas giras regionales,

que lo llevaron a visitar en agosto de 1971 Perú, Colombia, Argentina y Ecuador, así como México, Cuba y Venezuela en diciembre de 1972. De esta forma hizo frente a los incesantes ataques de aquellos intereses imperiales que pretendieron crear una matriz negativa en la región frente al Gobierno Popular.

Respecto al desarrollo de los procesos de integración en el continente, el programa de Gobierno de la Unidad Popular fue muy específico: “La integración latinoamericana deberá ser levantada sobre la base de economías que se hayan liberado de las formas imperialistas de dependencia y explotación”.

El espíritu latinoamericanista de Allende era favorable al desarrollo de esquemas integracionistas en la región, pero dicho fenómeno debía de estar purgado de intereses imperiales y dirigidos al incremento en los niveles de bienestar social. La integración económica debería ser orientada y encauzada de modo tal, que fuese una herramienta efectiva en la lucha contra la dominación externa que libraba América Latina y contra la exclusión de las grandes mayorías de la región, debía redundar en mayor independencia. El Presidente Allende fue enfático en este punto. En su discurso al visitar la sede del Acuerdo de Cartagena manifestó:

Si fracasamos o nos detenemos estaremos abiertos y sin defensa frente a las formas modernas de colonialismo. Solos, divididos, incluso derrotados psicológicamente, nos enfrentaríamos ante las grandes potencias económicas mundiales, sin capacidad de negociación y, evidentemente éste es un objetivo que sectores nacionales y extranjeros están persiguiendo.

En este contexto, el Pacto Andino era para Allende una respuesta auténticamente latinoamericana, puesto que hasta entonces los esquemas de integración vigentes habían sido concebidos esencialmente para estructuras económicas de países desarrollados y, por lo tanto, postulaban mecanismos inadecuados a la realidad de la región, refiriéndose a los esquemas impuestos por la antigua Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC).

Allende fue enfático al señalar en la sede del Acuerdo de Cartagena que los cambios revolucionarios que se planteaban para Chile bajo su gobierno eran compatibles con los mecanismos y objetivos que la integración andina se proponía en ese entonces.

De igual forma, el Pacto Andino fue concebido como un foro político donde se pudiera encontrar la solidaridad de sus países miembros frente a las acciones emprendidas por intereses imperiales que afectaban comercial y financieramente a Chile.

Mención especial merece la relación que el Chile socialista desarrolló con la Cuba revolucionaria de Fidel Castro. Allende había decidido restablecer los vínculos con Cuba, los cuales habían sido suspendidos en 1964. La reanudación de relaciones con Cuba, basados en la solidaridad latinoamericanista, en la práctica del pluralismo ideológico y en la lucha antiimperialista, representó un rechazo a las sanciones impuestas a la isla desde las instituciones interamericanas aliadas de Estados Unidos, que violan abiertamente los principios de igualdad, soberanía y autodeterminación consagrados por la Carta de las Naciones Unidas. En su mensaje al pueblo de La Habana, durante su viaje a Cuba, el Presidente Allende señaló:

“(...)por sobre los esfuerzos que implicaba luchar por una zafra más alta y mejor, por sobre el sacrificio está el ejemplo: el ejemplo de un pueblo que señala al mundo una nueva moral, que dice a América Latina que hay un lenguaje nuevo en la ética revolucionaria, que pueblo y dirigentes conjugan. Y Cuba enseña a América Latina y al mundo su clara concepción del internacionalismo proletario. Y porque hay esa nueva moral, porque hay esa nueva conciencia, porque está aquí latiendo la voluntad revolucionaria ejemplar de un pueblo, la delegación chilena y el compañero Presidente que les habla han podido sentir la emoción viril que hemos sentido cuando este pueblo acoge la generosa iniciativa de Fidel Castro para arrancarse un pedazo de pan y entregarlo a mi pueblo que lucha contra el imperialismo. ¡Gracias. Simplemente, gracias, queridos compañeros! Se las doy en nombre de los niños de Chile, de sus mujeres, de sus ancianos.”



El programa de Gobierno de la Unidad Popular es contundente al procurar el desarrollo de una relación estrecha “en forma efectiva con la Revolución Cubana, avanzada de la revolución y de la construcción del socialismo en el continente latinoamericano”.

En el marco del mundo bipolar y ante el aislamiento que Chile tenía respecto del campo socialista, el Gobierno de la Unidad Popular procuró la ampliación sustantiva de los contactos con esos países, fundados en principios de solidaridad, pluralidad ideológica y respaldo a las luchas de liberación de otros pueblos. En ese contexto, el Presidente Allende inauguró relaciones concretas con distintos países, pues los gobiernos anteriores habían limitado todo tipo de contactos diplomáticos. Hacia 1972, Chile había establecido relaciones diplomáticas y consulares con la República Popular China, la República Democrática Alemana, la República Democrática de Corea y con Vietnam, todavía dividido por la intervención imperialista de Estados Unidos. Las relaciones políticas y económicas con dichos países adquirieron una gran significación.

La relación con la Unión Soviética tuvo su mejor momento durante la visita del Presidente Allende a Moscú en el año de 1972., aunque no hubo una comprensión cabal del proceso que llevaba adelante la Unidad Popular en la potencia polar, lo cual impidió el desarrollo de una mayor cooperación financiera que ayudará a Chile a combatir las arremetidas de los sectores bancarios hegemónicos, si se gestaron una cantidad importante de compromisos, entre los cuales se destacan las autorizaciones para faenas de pesca industrial, acuerdos de colaboración mixtas, con beneficios tecnológicos y traspaso de algunos buques como compensación.

El Presidente Salvador Allende y la Unidad Popular a través de su programa de gobierno, entendieron que la dimensión internacional de una política autónoma jugaban un rol decisivo, más aún en el caso de Chile, que iniciaba la experiencia inédita de introducir reformas profundas a las estructuras capitalistas, dentro del marco democrático, electoral y constitucional que presentaba la legalidad vigente, lo cual sin duda tendía a lesionar necesariamente los intereses de los sectores dominantes en el país y los de poderosas empresas foráneas que explotaban las riquezas naturales. El Presidente Allende tuvo la conciencia de que en estas circunstancias, el desarrollo de una política internacional independiente y al servicio de los más necesitados cobraba una importancia fundamental.

En este sentido, sobre la base de principios que habían orientado permanentemente la política exterior de Chile, se incorporó una nueva dinámica en las relaciones, que comprendía la eliminación de estructuras restrictivas para desarrollar una política exterior independiente, de denuncia y defensa frente a las arremetidas del interés foráneo, la plena vigencia de los principios de no intervención y autodeterminación de los pueblos y la construcción del socialismo, lo cual permitirían la coexistencia pacífica de los estados sin consideración a la naturaleza de su sistema político, económico o social. De acuerdo a este criterio, el gobierno de Allende practicó en sus relaciones internacionales el pluralismo ideológico, en contraposición al ya mencionado concepto de “fronteras ideológicas” que planteaban otros países imbuidos del maniqueísmo propio de

la guerra fría, denunciando y procurando la ruptura del sistema de dominación y explotación impuesto por las estructuras que daban cimiento al sistema capitalista internacional.



El realismo que inspiró y fundamentó la política exterior desarrollada por el gobierno de Allende frente a un escenario internacional hostil, marcado por la hegemonía del economicismo, las figuras descompuestas y agotadas de algunas instituciones internacionales y las apetencias hegemónicas del imperialismo que aún hoy pretende mantener un sistema internacional unipolar a través de estructuras alejadas de las necesidades de los pueblos, permiten afirmar que los postulados en materia de política internacional del Presidente Allende mantienen actualidad y vigencia en la construcción de alternativas ciertas para el beneficio de un mayor grado de felicidad para nuestros pueblos.

El Presidente Allende, su gobierno y sus propuestas en materia internacional están presentes en cada acción de nuestros pueblos, es un grito que reclama igualdad y equidad en los pasillos de la ONU y de las organizaciones internacionales; Allende conduce los acuerdos del Movimiento de Países No Alineados; Allende nos orienta y nos ilumina cuando trabajamos por la integración de Nuestra América; ¿quién puede dudar que Allende está detrás de cada acuerdo de cooperación sustentado en los principios de solidaridad y complementariedad?

Allende es guía, es acción, ahí está sentado junto a Fidel y a Chávez, unido a todos aquellos presidentes dignos que se ponen al servicio de sus pueblos para recordarles como el Quijote que fue: "El imperio ladra, señal de que nuestros pueblos están vivos y luchando". Para decirles como aquel 11 de septiembre: sigan compañeros, van bien, la historia es nuestra y la hacen los pueblos".

El ideario de Allende forma parte de la política exterior de Venezuela. Su espíritu y su convicción nos acompañan. Los embajadores, los diplomáticos y los visitantes del edificio del ministerio de relaciones exteriores en Caracas hacen su entrada en él a través del piso Salvador Allende de la cancillería. Allí, una gran escultura de los lentes rotos del presidente aquel aciago 11 de septiembre, son mudo testimonio de su sacrificio, de su entrega y de la lealtad con su pueblo y con los pueblos del mundo.

Un venezolano, Andrés Bello preside la entrada de la Universidad de Chile, máxima casa de estudios de este país. Un chileno, Salvador Allende, preside la entrada a la Universidad Central de Venezuela, máxima casa de estudios de nuestro país. La avenida de entrada a la universidad lleva su nombre.

Como expresión de que nada ni nadie podrá separar a nuestros pueblos, estos americanos universales nos señalan literalmente la entrada al conocimiento, a la ciencia y al desarrollo. Chile no debe olvidar jamás a Salvador Allende. Venezuela nunca lo hará.

GRIETAS

Crítica jurídica y política en Nuestra América
Número 18 • Julio-sept. 2023



Ramón Grosfoguel y Puerto Rico

El carácter contradictorio del marco de análisis decolonial y su secreto

César Pérez Lizasuain*

“Ahora bien, sugeriría, históricamente, como lo sugirió el propio Marx, que el conjunto de ideas que llamamos socialismo científico surgió dentro de la sociedad capitalista para hablar de los intereses de los productores en esa sociedad, para hablar de los intereses de aquellos que son explotados y expropiados, para hablar del interés de los oprimidos, de los culturalmente alienados; y debemos entender que de los dos principales conjuntos de ideas que tenemos ante nosotros, el idealismo y el materialismo, la filosofía burguesa y la filosofía marxista, cada uno de los dos es representativo de una clase particular.”¹

Walter Rodney (1975)

“Desde tiempos coloniales se han dado procesos de lucha anticolonial; en cambio, lo decolonial es una moda muy reciente que, de algún modo, usufructúa y reinterpreta esos procesos de lucha, pero creo que los despolitiza, puesto que lo decolonial es un estado o una situación pero no es una actividad, no implica una agencia, ni una participación consciente.”

Silvia Rivera Cusicanqui (2019)

* Doctor en Sociología del Derecho, Universidad de Milán, Italia; Master del Instituto Internacional de Sociología Jurídica, Oñati, País Vasco, España; Doctor en Jurisprudencia, Facultad de Derecho Eugenio María de Hostos, Mayagüez, Puerto Rico. Es Profesor de Sociología, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras; y miembro del Grupo de Trabajo CLACSO Pensamiento jurídico crítico y conflictos sociopolíticos. Es autor de *Rebelión, no-derecho y poder estudiantil: la huelga de 2010 en la Universidad de Puerto Rico*. San Juan: Editora Educación Emergente, 2018.

1 Traducción nuestra.

Una contradicción y preguntas de investigación

Ramón Grosfoguel, académico puertorriqueño, es cofundador de la escuela decolonial y ferviente antiimperialista, y defiende la anexión de Puerto Rico como estado federado del imperio estadounidense. Aunque dicha aseveración pueda sorprender a buena parte de los movimientos políticos antiimperialistas y la academia crítica latinoamericana que le sigue, en realidad se trata de una vieja tesis que Grosfoguel desarrolló, con otros pensadores decoloniales del momento, cuando en 1997 publicó un artículo titulado: *La estadidad² desde una perspectiva democrática radical.*³ Como era de esperarse, la publicación desató un álgido debate (que no repasaremos y que no será objeto de discusión en las líneas que siguen a continuación).

A pesar de la distancia en el tiempo, en una reciente entrevista el profesor Grosfoguel (Nováez Guerrero, 2023) sigue defendiendo su tesis de la “estadidad radical” para Puerto Rico, aún luego de su giro antiimperialista (Grosfoguel, 2022) que le ha llevado a criticar a sus correligionarios de la escuela decolonial, apoyar la independencia de Catalunya y a defender los gobiernos antiimperialistas de la América Nuestra.

Más allá de los vaivenes propios de la cultura política puertorriqueña y de una contradicción meramente achacable personal e individualmente al destacado profesor Grosfoguel, quisiera plantear las siguientes preguntas de investigación: ¿Emana esta contradicción (convertida en propuesta política) fundamentalmente (y como resultado) de la aplicación del marco de análisis decolonial? ¿Qué nos puede decir la propuesta política de la “estadidad radical” de Grosfoguel, y otros, sobre las contradicciones y limitaciones del pensamiento decolonial? ¿Cómo contribuyen las

- 2 En Puerto Rico coloquialmente se le conoce como “estadidad” a la propuesta colonialista de la anexión formal del país a Estados Unidos como estado federado.
- 3 Puede leer el artículo completo en la edición de febrero de 1997 del periódico *Diálogo*, Río Piedras: Universidad de Puerto Rico. <https://issuu.com/coleccionpuertorriquena/docs/dialogo19970201>

limitaciones y contradicciones de la escuela decolonial a la propuesta política que 26 años más tarde todavía defiende Grosfoguel? ¿Cuáles son las contradicciones entre la propuesta anexionista de Grosfoguel para Puerto Rico y los objetivos políticos que promueve este autor para la América Latina a través de la misma teoría decolonial que defiende?



Aunque el debate no es nuevo, y es mucho más amplio de lo que se cubre aquí, enumeraré algunas de las contradicciones, discursos y contrastes del pensamiento decolonial, alrededor de la figura del intelectual puertorriqueño, con el fin de sintetizar el argumento en el caso colonial de Puerto Rico.

El marco de análisis decolonial y el idealismo historiográfico

La llamada teoría decolonial es un *marco de análisis*, no una filosofía y mucho menos una filosofía de la praxis (Rivera Cusicanqui, 2019).

Históricamente pertenece a un conjunto de diversos marcos analíticos que emergieron a lo largo de la década del 1980: posmarxismo, posmodernismo, la interseccionalidad, la teoría *queer*, el afro pesimismo, entre otras. A pesar de sus diversos planteamientos, contenidos y objetos de estudio, estos marcos analíticos comparten ciertos elementos históricos y sintomáticos en que se podrían catalogar como un conjunto de tendencias cobijadas bajo la sombrilla teórica del *fin de la historia*.

No se trata, bajo ningún pretexto, de equiparar los exponentes de estas teorías (muchos compañeros y compañeras de lucha) con el pensamiento demagógico del neoconservador Francis Fukuyama (1988), autor y proponente del famoso ensayo. Como sugiere Rockhill (2017), no hay que aceptar la demagógica tesis de Fukuyama para caer en la trampa de su marco de referencia y base metodológica. En realidad, al traer la controversial tesis de Fukuyama se busca destacar el sesgo político y el efecto de poder que tiene la negación sistemática del materialismo histórico en las teorías mencionadas arriba. El ensayo de Fukuyama comúnmente es leído como una declaración unilateral de la victoria, en el plano ideológico, del liberalismo político y económico capitalista, sobre todo a manos de Occidente tras la caída de la Unión Soviética. Y ciertamente, esa es una de las principales conclusiones o tesis del ensayo. Sin embargo, esa tesis está montada sobre una crítica que el autor asume como una especie de metodología que lo lleva a desarrollar y justificar tal conclusión: el fin de la historia no solo se encuentra fundamentada sobre la derrota del llamado socialismo real, en realidad el ensayo tiene como fundamento una crítica al materialismo histórico, mientras propone su superación. Sin esta crítica, Fukuyama no hubiese podido sostener la tesis principal del ensayo. El autor, incluso, fustiga por igual tanto a las izquierdas como a las derechas cuando se trata de la crítica al materialismo como marco metodológico de análisis (ni hablar como filosofía de la praxis a través del materialismo dialéctico). Dice Fukuyama:

“Pero aunque los escritos y el pensamiento de Hegel podían ser interrumpidos por una bala del mundo material, lo que movía la mano en el gatillo

del revólver, a su vez, eran las ideas de libertad e igualdad que había impulsado la Revolución Francesa. (...)

Sin embargo, esta esfera de la conciencia a la larga necesariamente se hace manifiesta en el mundo material; en verdad, ella crea el mundo material a su propia imagen. La conciencia es causa y no efecto, y puede desarrollarse autónomamente del mundo material [énfasis nuestro]; por tanto, el verdadero subtexto que subyace a la maraña aparente de acontecimientos es la historia de la ideología. (...)

El sesgo materialista del pensamiento moderno es característico no sólo de la gente de izquierda que puede simpatizar con el marxismo, sino también de muchos apasionados antimarxistas. En efecto, en la derecha existe lo que se podría llamar la escuela Wall Street Journal de materialismo determinista, que descarta la importancia de la ideología y la cultura y ve al hombre esencialmente como un individuo racional y maximizador del lucro” (Fukuyama, 1988: 10-11).

Si se quiere, Fukuyama intenta revertir la crítica marxiana a los jóvenes hegelianos en *La ideología alemana* y con ello suprimir toda referencia al materialismo histórico. Por eso nos referimos al conjunto de escuelas citadas anteriormente como teorías cobijadas bajo el umbral del *fin de la historia*. Al respecto, elabora Gabriel Rockhill :

“No es necesario aceptar la tesis demagógica de Francis Fukuyama para quedar atrapado en el mismo imaginario político. (...)

La creencia en el fin de la historia, ya sea democrática o marxista, supera el simple mundo de los hechos. Es seguramente por esta razón que un autor como Fukuyama, a través de una estupenda recuperación, se apropió de lo que él identifica como historiografía hegeliano-marxista (y sobre todo idealista). Declara sin ambages y en varias ocasiones que es la idea de democracia, y de ningún modo su práctica material, la que guía el necesario desarrollo de la historia: “El hecho de que haya retrocesos y decepciones en el proceso de democratización, o de que no todas las economías de mercado prosperen, no debe distraernos del patrón más amplio que está emergiendo en la historia mundial (...) Lo que está emergiendo

victorioso, en otras palabras, no es tanto la práctica liberal, como la idea liberal” (Rockhill, 2017: 51, 57).⁴

Sin embargo, contrario a la mitología alrededor de la escuela decolonial, el propio Enrique Dussel aclara que ésta encontró su inspiración en el pensamiento marxista de intelectuales y líderes negros en el Caribe. “El tema decolonial surge de un pensamiento marxista de los afros del Caribe que empiezan a darse cuenta que el tipo de dominación en el capitalismo no fue tanto de clase como racista. Es una tesis nueva que viene desde el Caribe. Esto lo toma Aníbal Quijano y lo aplica al mundo indígena”.

La declaración de Dussel es reveladora, pero precisa de varias aclaraciones. Una de las hipótesis que trato de desarrollar aquí propone que el marco de análisis decolonial no solamente *surge* del marxismo afrocaribeño, sino que en su aplicación se ha desarrollado como una reacción adversa al mismo, precisamente por metodológicamente renegar del materialismo histórico y abrazar el idealismo historiográfico *fukuyamista*. Insisto, realizo la crítica al marco analítico decolonial en su aplicabilidad, pues en términos generales, al igual que Chambers (2019), coincido con algunos de sus postulados y objetivos políticos.

Ahora bien, la forma en que sistemáticamente el marco analítico decolonial reniega del materialismo histórico se da por medio de la aplicación de un tipo de multiculturalismo ideológico dando paso a lo que Rockhill denomina un *vulgar decolonial theory*

“en la que a menudo se produce una simple inversión de las geografías eurocéntricas, fundada en parte en un valor en gran medida incuestionable atribuido a cualquier persona de la periferia, independientemente de su papel social y sus prácticas políticas.

La mercantilización de la diferencia cultural preselecciona y empaqueta estas diferencias de maneras muy específicas, y no debemos olvidar que esta mercantilización se ha convertido en una característica crucial y

4 Traducción nuestra.

problemática de ciertos sectores de la industria contemporánea de la diferencia “occidental”, y en particular estadounidense. A cierto nivel, dice más de “nosotros” que de “ellos”. A menudo, además, existe una íntima complicidad entre la política de la diferencia cultural y la ideología de la diferenciación consumista integral del capitalismo multinacional. De este modo, el decolonialismo vulgar funciona en armonía con la industria de la diversidad de la academia estadounidense en su abrazo de una geografía culturalista ofusadora y su cultivo de enfoques consumistas de la diferencia por encima y en contra de los mapas materialistas de las cartografías multidimensionales de la lucha de clases internacional” (Ponce de León y Rockhill, 2019).

La aplicación del marco multiculturalista implica la operación *fukuyamista* explicada arriba: la civilización (una idea) europea determina las formaciones sociales y las relaciones de producción en la modernidad. Es por medio de esta operación que la escuela decolonial se permite plantear que el capitalismo y la división internacional del trabajo es funcional a un *proyecto civilizatorio* eurocéntrico y racista; esto es, la modernidad. Dice Grosfoguel:

“Lo que intento es descolonizar paradigmas como los de la economía política: lo que antes se identificaba como superestructuras son en realidad jerarquías de dominación, principios organizadores de la acumulación de capital. El carácter genocida, racista, feminicida, ecologicida, epistemicida, anticomunitarista, es consustancial al proceso de acumulación y al proyecto civilizatorio occidental. En otras palabras: el capitalismo es el sistema económico de una civilización” (Armúa y Rivara, 2022).

La operación *fukuyamista* va desde la operatividad de la idea (civilización) a la determinación de la realidad material, no al revés. Como se desprende de la cita, la escuela decolonial no deja de acusar al marxismo del economicismo y determinismo que supuestamente exhibe Marx en la brevísima metáfora que hace en el *Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política* de 1859. Como lo ha recordado Néstor Kohan, en la extensa y diversa tradición marxista tanto Marx, Engels, Lenin, Gramsci, entre otros, no asumieron la interpretación determinista que muchos críticos le achacan a todo el marxismo.

“También rompiendo con ese economicismo —versión primitiva y degradada de la filosofía de la praxis, así como la predestinación fue la versión primitiva de la concepción burguesa del mundo encarnada más tarde por la filosofía clásica alemana— Lenin incorpora el concepto de ‘fuerza social’ en el análisis de la sociedad. Pasando por encima del *Manifiesto* y focalizando su mirada en *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, el dirigente bolchevique descubre que la lucha de clases nunca se da entre núcleos homogéneos y compactos, sino a través de la mediación de fuerzas sociales, de alianzas de fracciones de clases en cuya unión desempeña un papel central la ideología (y sus ‘especialistas’, los intelectuales).

(...)

Esa mirada transversal de la lucha de clases (énfasis nuestro), tan distante de la horizontal que se quiso ver en el marxismo economicista (clases ‘puras’ y homogéneas enfrentadas entre sí), fue otro de los grandes aportes de Lenin en el terreno de las ciencias sociales. Allí —en la conformación de la argamasa que teje y unifica capilarmente esa alianza— se ubica el papel fundamental de la cultura, de la ideología, de los intelectuales, de ese ‘bloque histórico’ en el particular lenguaje con que Gramsci tradujera a Lenin. Este último, a pesar del rudo lenguaje de barricada y de proclama, estaba sentando las bases para concebir el socialismo no solo como una revolución política sino también cultural” (Kohan, 1998: 64).

Punto de contraste: la mirada transversal del materialismo histórico anticolonial

“Además, otra limitación del intento de forzar el marxismo dentro de estos estrechos límites de tiempo y lugar surge del hecho de que estos individuos no reconocen ni aceptan el marxismo como una ideología en crecimiento. Es decir, al igual que cualquier cuerpo científico, no es estático; acoge nuevas ideas, tiene nuevos descubrimientos, responde a las variaciones a medida que continúa la investigación científica.”⁵

Walter Rodney (2022:76-77)

5 Traducción nuestra.

La aclaración de Kohan nos lleva de regreso precisamente a la “mirada transversal de la lucha de clases” y del materialismo histórico que los revolucionarios marxistas afrocaribeños y africanos, como Walter Rodney y Amílcar Cabral, ambos mártires y líderes de luchas anticoloniales, aplicaron en sus respectivos contextos. La mirada transversal para éstos pasaba por una necesaria aclaración y crítica de la idea errónea que llevó tanto a marxistas como a sus detractores a entender el materialismo histórico como una metodología determinista y “progresista”. Amplía Rodney:

“Él [Marx] dejó muy claro que lo que él y Engels habían estado tratando era una formulación sistemática y detallada del desarrollo del capitalismo dentro de Europa Occidental; y que habían intentado describir y comprender las características específicas del capitalismo propio de Europa Occidental. De modo que la universalidad que tanto él como Engels reivindicaban, no era la universalidad que se aplicaba a Europa Occidental. La “universalidad” es la universalidad de la contradicción; la universalidad que puede determinarse utilizando el método materialista histórico con relación a cualquier sociedad dada. Así que cuando esos individuos dicen que el marxismo afirma que todas las sociedades deben pasar por los mismos procesos, y que lo importante es la presencia de la clase obrera dada de una manera particular, y que por lo tanto debemos necesariamente pasar por alto esto porque nuestra sociedad es diferente a la que Marx describe - creo que esos individuos han fracasado fundamentalmente en llegar a comprender lo que él estaba diciendo” (Rodney, 2022: 76).⁶

Es precisamente esta mirada transversal del materialismo histórico lo que permite a Cabral (1974), Rodney (1982) y sumamos a Fanon (1983), ubicar el aspecto racial como elemento central en el entramado de dominación colonial mientras les permitió analizar con más detalle y rigurosidad el capitalismo colonialista. Fanon lo resume desde este posicionamiento dialéctico:

6 Traducción nuestra.

“El mundo colonial es un mundo en compartimientos. Sin duda resulta superfluo, en el plano de la descripción, recordar la existencia de ciudades indígenas y ciudades europeas, de escuelas para indígenas y escuelas para europeos, así como es superfluo recordar el apartheid en Sudáfrica. No obstante, si penetramos en la intimidad de esa separación en compartimientos, podremos al menos poner en evidencia algunas de las líneas de fuerza que presupone. Este enfoque del mundo colonial, de su distribución, de su disposición geográfica va a permitirnos delimitar los ángulos desde los cuales se reorganizará la sociedad descolonizada” (Fanon, 1983: 21, 24).

Añade Fanon la mirada transversal de la lucha de clases y el materialismo histórico que lo lleva a plantear el fundamento material de lo que llamados *capitalismo racial*: el racismo como elemento constitutivo y estructural, no como mera causa, del capitalismo histórico.

“Ese mundo en compartimientos, ese mundo cortado en dos está habitado por especies diferentes. La originalidad del contexto colonial es que las realidades económicas, las desigualdades, la enorme diferencia de los modos de vida, no llegan nunca a ocultar las realidades humanas. Cuando se percibe en su aspecto inmediato el contexto colonial, es evidente que lo que divide al mundo es primero el hecho de pertenecer o no a tal especie, a tal raza. En las colonias, la infraestructura es igualmente una superestructura (énfasis nuestro). La causa es consecuencia: se es rico porque se es blanco, se es blanco porque se es rico. Por eso los análisis marxistas deben modificarse ligeramente siempre que se aborda el sistema colonial. Hasta el concepto de sociedad precapitalista, bien estudiado por Marx, tendría que ser reformulado” (Fanon, 1983: 24).

Lectura similar, y aún más rigurosa, realizó Rodney sobre la relación entre el capitalismo europeo y el racismo como elemento constitutivo del capitalismo contemporáneo. El autor sostiene, mediante un análisis materialista, que el capitalismo colonialista dio paso a la aparición histórica del racismo moderno pues se apoyaba en el régimen esclavista para procurar su violento desarrollo.

“Puesto que el capitalismo, como cualquier otro modo de producción, es un sistema total que implica un aspecto ideológico, es necesario también examinar con cuidado los efectos que tuvieron los lazos con África sobre las ideas plasmadas en la superestructura de la sociedad capitalista europea. El efecto más impresionante fue sin duda la aparición del racismo, elemento que se difundió ampliamente y que echó profundas raíces en el pensamiento europeo. (...) El simple hecho es que ningún pueblo puede esclavizar a otro durante siglos sin alimentar un sentimiento de superioridad...” (Rodney, 1982: 107).

Por su parte, Amílcar Cabral en un discurso titulado *The Weapon of Theory* (*El arma de la teoría*) enfatiza en la mirada transversal del materialismo histórico mientras que, a su vez, lo relaciona con las luchas anticolonialistas por la liberación nacional:

“Sabemos que el desarrollo de un fenómeno en movimiento, cualquiera que sea su apariencia externa, depende principalmente de sus características internas. Sabemos también que, en el plano político, nuestra propia realidad -por muy bella y atractiva que sea la realidad de los demás- sólo puede transformarse mediante el conocimiento detallado de la misma, mediante nuestros propios esfuerzos, mediante nuestros propios sacrificios. (...) La liberación nacional y la revolución social no son mercancías exportables; son, y cada día lo son más, el resultado de elaboraciones locales y nacionales (...) esencialmente determinadas y formadas por la realidad histórica de cada pueblo, y llevadas al éxito por la superación o correcta solución de las contradicciones internas entre las diversas categorías que caracterizan esa realidad. El éxito de la revolución cubana, ocurrida a sólo 90 millas de la mayor potencia imperialista y antisocialista de todos los tiempos, nos parece, en su contenido y en su forma de evolución, una ilustración práctica y concluyente de la validez de este principio” (Cabral, 1966).⁷

- 7 Rodney amplía sobre la manera en que Cabral adoptó el marxismo y el materialismo histórico como métodos, superando las versiones (y acusaciones) deterministas y eurocéntricas asociadas a éstos: “Pero a Cabral no le fue posible comenzar el análisis de la historia de Guinea-Bissau diciendo: ‘Voy a buscar clases’, por ejemplo. Dijo: ‘si digo esto estaré negando que mi pueblo tenga historia alguna porque no percibo clases durante un largo período en la génesis de mi propio pueblo’. Luego se refirió a la clásica afirmación de Marx y Engels de que ‘la historia de todas las sociedades existentes es la historia de la lucha de clases’, a la que Engels había añadido una

En fin, lo que interesó a estos autores⁸ en términos teóricos como tácticos –a quien podemos añadir a José Carlos Mariátegui (2012) con la cuestión de la economía colonial y la posición política del indígena– fue la posibilidad de potenciar (con rigor histórico) sus análisis y luchas (con rigor táctico y práctico). A pesar de que estos autores son frecuentemente utilizados o mencionados por los pensadores decoloniales —como lo es el caso de Grosfoguel (2022), como también el análisis de Dussel (2007) sobre Mariátegui— como figuras fundamentales del marco analítico y teórico que aplican, el planteamiento metodológico de éstos es sistemáticamente dejado fuera (con implicaciones políticas, como veremos en el caso de Puerto Rico). Como sugiere Rodney (2022:76) en cuanto a esta omisión: “Y no creo que sea meramente accidental; creo que hay un elemento de distorsión que es deliberado”. Atribuimos la omisión a una especie de expropiación cognitiva que realiza la escuela decolonial.

Expropiación cognitiva de la escuela decolonial

Regresando a la aseveración de Dussel sobre el marxismo afrocaribeño del que “surge” el giro decolonial: el *surge* (aparecer, manifestarse) de

nota diciendo que por ‘toda la historia’ nos referimos a ‘toda la historia previamente registrada.’ Sucede que la historia del pueblo de Guinea-Bissau no ha sido registrada y Cabral dice: ‘Quiero registrar esa historia. Usaremos el método marxista. No estaremos atados por el concepto que surgió históricamente en Europa Occidental cuando Marx estudiaba esa sociedad.’ Marx utiliza el método y discernió la evolución de las clases y del fenómeno de las clases en sí como un determinante importante, el determinante principal en la historia de Europa occidental en un momento particular en el tiempo. Cabral dice que empezaremos por el principio. Al principio ni siquiera nos ocuparemos de las clases. Simplemente nos fijaremos en los hombres en el proceso de producción. Examinaremos los modos de producción en la historia de Guinea y veremos cómo evolucionó nuestra sociedad” (Rodney, 2022: 54-55). Traducción nuestra.

- 8 Tampoco hay que olvidar las consideraciones políticas y el apoyo de Marx a los abolicionistas durante la guerra civil estadounidense (1861-1865). Según Anderson (2020: 79) Marx creía que la guerra civil “...en Estados Unidos constituyó una de las principales batallas del siglo por la emancipación humana, que obligó a los trabajadores blancos tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña a posicionarse en contra de la esclavitud. En el prefacio de *El Capital* de 1867, escribió que la Guerra de Secesión era el presagio de las revoluciones socialistas venideras. La consideraba una revolución social que cambió no sólo los acuerdos políticos, sino también las relaciones de clase y de propiedad”. Traducción nuestra.

Dussel en realidad queda plasmado en la práctica y aplicación como un tipo de *extractivismo epistémico*. El propio Ramón Grosfoguel (2022), cofundador de la escuela decolonial, tilda el hacer teórico de un sector de la academia decolonial como “extractivista”. Pero antes define el *extractivismo epistémico* como la apropiación

“...de las ideas de los pueblos indígenas del mundo para colonizarlas y assimilarlas al conocimiento universal. Al actuar así, se quita a esos conocimientos la radicalidad política y la cosmogonía crítica ‘alternativa’ para mercadearlos mejor o simplemente politizarlos. El extractivismo intelectual, cognitivo o epistémico trata de una mentalidad que no busca el diálogo que conlleva la conversación horizontal, de igual a igual entre los pueblos, ni entender los conocimientos indígenas en sus propios términos, sino extraer ideas como se extraen materias primas para colonizarlas subsumiéndolas al interior de los parámetros de la cultura y la episteme occidental” (Grosfoguel, 2022: 257).

La operación extractivista (*extractivismo epistémico*), cuya crítica la escuela decolonial reclama como uno de sus cimientos, no queda ahí para Grosfoguel, sino que le achaca esta práctica depredadora y plagiadora a dos de los principales exponentes y cofundadores de la escuela decolonial: Aníbal Quijano y Walter D. Mignolo. Grosfoguel (2022: 258-263) se sirve, o más bien se subroga, en la crítica que le hiciera Silvia Rivera Cusicanqui (2010: 57-58) a estos dos autores. Grosfoguel cita a la mencionada autora:

“Los Mignolo y compañía han construido un pequeño imperio dentro del imperio, recuperando estratégicamente los aportes de la escuela de los estudios de la subalternidad de la India y de múltiples vertientes latinoamericanas de reflexión crítica sobre la colonización y la descolonización” (Grosfoguel citando a Rivera Cusicanqui, 2022: 259; Rivera Cusicanqui, 2010: 58).

Y aunque Grosfoguel (citando a Rivera Cusicanqui 2022: 259) no separa las siguientes dos oraciones de la cita anterior, haciéndola parecer como una declaración continua de la autora, añade:

“Al Dr. Mignolo se le dio en una época por alabarme, quizás poniendo en práctica un dicho del sur de Bolivia que dice ‘alábenlo al tonto que lo verán trabajar’. Retomaba ideas mías sobre el colonialismo interno y sobre la epistemología de la historia oral, y las regurgitaba enredadas en un discurso de la alteridad profundamente despolitizado” (Rivera Cusicanqui, 2010: 64).

Debemos admitir que sorprende el hecho de que Grosfoguel, siendo uno de los principales exponentes de la escuela decolonial, no se inmuta en lo más mínimo en asumir como autocrítica las críticas de Rivera Cusicanqui (2010). El intelectual puertorriqueño, en entrevistas recientes (Boron, 2022), se ha limitado a “aclarar” que él presuponía que las críticas al extractivismo cognitivo y al antiimperialismo estaban naturalmente incluidos en el marco de análisis decolonial y que, por lo tanto, nunca se habían visto en la necesidad de levantar la controversia o la crítica.

Tanto el mismo Grosfoguel (2022), Rivera Cusicanqui (2010), Chambers (2019), Ponce de Leon y Rockhill (2019), entre otros, han detallado la operación extractivista de la escuela decolonial con mayor detalle que lo establecido hasta aquí. Y aunque simpatizamos con las críticas que realiza Grosfoguel al *extractivismo cognitivo*, creemos pertinente señalar que las críticas realizadas por éste se han realizado desde un punto de vista instrumental; o incluso podríamos decir que no superan cierto tipo de economicismo pues ha forzado la comparación entre explotación económica y extractivista de las materias primas con el extractivismo cognitivo; objetivando y cosificando así al último. El *extractivismo epistémico* no solo se centra en la apropiación (expropiación) de un determinado conjunto de saberes (que, a su vez, son relaciones sociales) sino que también se configura como un dispositivo que desarticula saberes y prácticas contrahegemónicas.

En su aplicación, el extractivismo epistemológico decolonial opera mediante la aplicación análoga de lo que Marx (2015) catalogó como *enajenación activa*: mediante la aplicación del marco y acto mismo de interpretación se separan (deconstruyen) elementos esenciales de la

sistematización de un pensamiento. De manera que, al igual que en el trabajo enajenado en su modalidad activa cuando se separan la materia, la actividad laboral y los medios de producción, en la actividad epistemológica el extractivismo decolonial tiende a seccionar en pequeñas partículas sistematizaciones enteras de conocimientos, saberes y prácticas políticas. El saber particulado, *compartimentado*, parcial y expropiado entonces es explotado y presentado como un producto terminado y completado por parte del sujeto expropiador. Los *compartimientos* es una de varias razones por la cual el pensamiento decolonial, al igual que la escuela de la interseccionalidad, ha compaginado tan coherentemente con la industria del *Identity Politics* o las llamadas políticas y discursos de identidad arraigados principalmente en la academia estadounidense y en el complejo industrial de ONG's (Rockhill, 2017).

Síntesis: estadidad radical, teoría decolonial y Puerto Rico

Puerto Rico es una nación caribeña y latinoamericana, no por un afán esencialista, identitario, culturalista o imperativos morales y éticos. Puerto Rico es una nación caribeña y latinoamericana porque tiene una historia (empírica, material, fechable, observable) de resistencias, lucha anticolonial, independentista y antiimperialista, al igual que el resto de los hermanos pueblos en la América nuestra.

Sin embargo, como adelantáramos en la introducción de este ensayo, Grosfoguel (Duchesne et al., 1997) defiende la anexión de esta nación caribeña al imperio estadounidense. ¿Cómo se cuaja esta contradicción y cómo se llega hasta esa conclusión? Sostengo que el argumento de Grosfoguel se desarrolla a través del empleo de cuatro filtros ideológicos: A) Idealismo historiográfico; B) Desarticulación de prácticas y discursos anticolonialistas en Puerto Rico; C) La homologación arbitraria de los fenómenos coloniales y neocoloniales; y D) El blanqueo, a través de un

filtro multiculturalista, de la genealogía racista del anexionismo en Puerto Rico.

A. Idealismo historiográfico

Grosfoguel (1999) justifica su giro anexionista en Puerto Rico aludiendo a una supuesta antipatía generalizada a la soberanía. Para Grosfoguel esa antipatía está fundamentada –¿quién lo diría?– en la realidad económica puertorriqueña anclada en la dependencia y en la transferencia de fondos federales a la isla y otras concesiones. Si para Fukuyama la historia terminó a finales de la década del 1980, para Grosfoguel la historia puertorriqueña terminó entre 1946-1952, periodo en el que plantea hubo una transición en donde Puerto Rico pasaba de ser una “colonia clásica” y se convertía en una “colonia moderna”:

“Las reformas coloniales que siguieron esta lógica sacaron a Puerto Rico del «colonialismo clásico», transformándolo en una «colonia moderna». Hasta ese momento era gobernado por figuras militares o civiles nombradas a dedo por el presidente norteamericano. La primera concesión se produjo en 1946, cuando nombraron como gobernador a un puertorriqueño. Dos años más tarde se concedió el derecho a elegirlo por voto universal, por primera vez en los 400 años de colonialismo español y norteamericano. Luego, la metrópolis estimuló la creación del Estado Libre Asociado dando una falsa fachada de soberanía y camuflando la relación colonial. Finalmente, fue implementado un programa de industrialización a través de la inversión extranjera masiva («industrialización por invitación»), transformando de manera radical la economía e infraestructura de la isla” (Grosfoguel, 1999: 24).

Como se puede ver, el autor no reniega de la condición colonial que supuso la imposición del Estado Libre Asociado (ELA) y las reformas económicas durante el mencionado periodo. Hay que recalcar que hoy día hay un consenso amplio en el país que reconoce precisamente el periodo aludido como una ratificación del colonialismo y la dominación estadounidense en Puerto Rico (Pérez Lizasuain, 2023). Grosfoguel traza una línea normativa –que le permite el posicionamiento decolonial– entre

lo colonial/neocolonial y la “colonia moderna” (ciudadanía neocolonial periférica/ciudadanía colonial metropolitana) y lo justifica en dos ejes: 1) La economía dependiente de un territorio (en el ensayo de 1999 nunca le llama país) sin recursos ni materias primas; y 2) La transformación en “...una colonia moderna con acceso a derechos civiles, democráticos y sociales” (Grosfoguel, 1999: 24). De esa forma, para el pensador decolonial hay una colonia mala y una colonia menos mala.

B. Desarticulación de prácticas y discursos anticolonialistas

Grosfoguel (Nováez Guerrero, 2023) amplía y defiende su tesis utilizando una de las luchas anticoloniales más importantes en la historia reciente de Puerto Rico: la batalla política por expulsar la Marina de Guerra de Estados Unidos de la Isla Municipio de Vieques luego de 60 años de expropiaciones forzosas, desplazamiento de comunidades, bombardeo y contaminación.

“La gente tiene una conciencia antiimperialista cultural, pero no política. En Puerto Rico el nacionalismo cultural es impresionante. Todo el mundo se identifica claramente como puertorriqueño y la gente tiene un sentimiento antiamericano en el plano cultural. Eso no se traduce en el plano político.

(...)

Estuve bien metido en la lucha de Vieques. Recuerdo que la mayoría de los militantes activistas en Vieques eran anexionistas. Brincábamos las verjas de las bases militares, ocupábamos el territorio y paralizábamos las maniobras. Esa fue una lucha de muchos años. Yo tenía muchas discusiones con compañeros viequenses, y sobre todo pescadores, porque yo venía como independentista, como independentista socialista, a apoyar su lucha. Ellos me miraban y me decían: “¿Tú eres qué? ¿Independentista socialista? Ah, está bien. Nosotros somos antiimperialistas anexionistas o antiimperialistas antimilitaristas”. Me decían cosas así” (Grosfoguel, 2023).

Esta declaración, como las que siguen, resulta arbitraria y contradictoria. ¿Cómo se afirma que hay una conciencia “antiimperialista cultural” y “un sentimiento antiamericano” que no tiene traducción política cuando se utiliza de ejemplo una de las demostraciones políticas más importantes en la historia puertorriqueña? ¿No hubo asomo de esa subjetividad “antiimperialista cultural” en esa manifestación política? ¿No es esa conciencia, al final de cuentas, una de tipo decolonial que reta los postulados hegemónicos del capitalismo colonial de la civilización europea que promueve la *necropolítica*?

En efecto, el movimiento social que se propuso expulsar la Marina de Guerra de los Estados Unidos se distinguió por combinar diversas tácticas y estrategias de lucha como la desobediencia civil y marchas multitudinarias; también se distinguió, sobre todo, por su composición abigarrada: coincidieron puertorriqueños de todas las tendencias políticas y clases sociales (Rodríguez Beruff, 2000: 45). Sin embargo, dice el intelectual puertorriqueño que: “La mayoría de la gente que luchaba en Vieques por cerrar las bases militares y las maniobras militares eran anexionistas. ¿Cómo era que articulaban la cosa? Ellos decían: “Si fuéramos un Estado de los Estados Unidos, esto no estaría pasando”.



Cónsono con el ejercicio de desarticulación y particularización de las experiencias sociales, lo que resulta inverosímil es que de una *parte* –sacada de una declaración anecdótica– se defina el *todo* de un movimiento social. En el caso puertorriqueño, Grosfoguel (Nováez Guerrero, 2023) parece aplicar la *razón metonímica* (en el que una parte define el todo) que utiliza el proyecto civilizatorio de Occidente para excluir, invisibilizar y marginar la amplitud y complejidad de experiencias sociales contrahegemónicas (Santos, 2003). También resulta sorprendente el que una aseveración tan ahistórica y fácilmente debatible como la de “Si fuéramos un Estado de los Estados Unidos, esto no estaría pasando”, quede expuesta sin ser cuestionada y su sesgo ideológico y colonialista develado. La aseveración contrasta, ciertamente, con las experiencias de las comunidades negras en Estados Unidos y de naciones anexadas como Hawaii; nación anexada que recientemente ha sufrido un incendio catastrófico en la isla de Maui, bajo la mirada pasiva y negligente del gobierno federal, y como consecuencia del continuo y presente legado violento del colonialismo estadounidense allí (Bonilla, 2023).

En el caso puertorriqueño, mientras supuestamente se materializaban los derechos civiles, democráticos y sociales en la “colonia moderna”, el idealismo histórico empleado por la mirada decolonial obviaba por completo la ocupación militar del territorio puertorriqueño; el desplazamiento de pueblos y comunidades enteras; las migraciones violentas forzosas de nuestra gente hacia los Estados Unidos como mano de obra barata; la contaminación, explotación y federalización de nuestras fuentes de agua (sí, hay recursos naturales); la experimentación química con mujeres puertorriqueñas (miles fueron esterilizadas sin su consentimiento) promovida por el gobierno y entidades estadounidenses; el uso experimental del agente naranja en bosques y comunidades; el asesinato y secuestro (con el conocimiento del gobierno estadounidense) de luchadores sociales e independentistas; el encierro de decenas de presos políticos en cárceles estadounidenses; la Ley de la Mordaza que ilegalizó el uso de la bandera puertorriqueña y encarceló a cientos de personas que proclamaban públicamente consignas independentistas; la

desarticulación por parte del Buró Federal de Investigaciones (FBI) de organizaciones políticas revolucionarias, la persecución y represión política y económica contra miles de independentistas.

Como se ha visto, al planteo decolonial le pesa más lo simbólico que lo material; lo simbólico que la cruda violencia colonial; el papel mojado de liberalismo rancio en el reconocimiento de un “derecho civil” o “humano” que la historia de lucha de un país que no ha dejado de luchar. No basta con nombrar (Grosfoguel, 2022: 64-67) el Hitler sintomático del que habla Aimé Césaire (que sin duda tiene una fuerza enunciativa muy importante), se trata de la violencia colonial cruda –y sus efectos– que produce el mundo maniqueo descrito por Fanon (1983).

C. Homologación entre colonialismo y neocolonialismo

Al igual que en 1997, Grosfoguel (Nováez Guerrero, 2023) sigue fundamentando su planteamiento a partir de uno de los frentes teóricos del pensamiento decolonial alrededor de la problemática homologación entre colonialismo y neocolonialismo. Dice en la ya citada entrevista de 2023:

“La situación de Puerto Rico es bastante compleja. Es difícil explicar esto fuera de Puerto Rico. La lucha descolonizadora antiimperialista pasa por registros que desde América Latina aún no se ven o no se entienden. Por ejemplo, mucha gente va a Puerto Rico y no puede entender por qué la mayoría de la gente vota por la anexión y no por la independencia. ¿Qué te dice la gente cuando trabajas con ellos en la calle? Que la independencia que vamos a tener va a ser neocolonial. Una independencia donde están los gringos explotándonos como hacen en la República Dominicana, como hacen en Haití, en Jamaica, en las islas de alrededor. Porque en Puerto Rico la economía no da para otra cosa. Vas a ser dependiente del imperio. No vas a poder hacer otra cosa que estar subordinado y sin los beneficios de la colonia. Así te habla la gente.”

Para quienes vivimos en Puerto Rico esta aseveración no es reconocible. El asunto neocolonial no se discute en Puerto Rico: ni es hegemónica

entre la academia puertorriqueña en este momento, como tampoco se discute entre las clases populares. La gente no va hablando del miedo a lo neocolonial. “La colonia”, “lo colonial”, “el problema del status” forma parte del léxico político en Puerto Rico; no así lo “neocolonial” como concepto y mucho menos un supuesto miedo a una hipotética situación neocolonial. El miedo o la biopolítica colonial del miedo a la independencia, se circunscribe a la propaganda imperialista estadounidense –común en toda la región caribeña y latinoamericana (Dorfman & Mattelart, 1978) –, a la dependencia económica y emocional del sujeto colonizado, y a la normalización, en parte, de los discursos racistas que fundan el anexionismo como ideología en Puerto Rico.

Por su parte, Olúfemi Táíwò (2022) sostiene que uno de los simientos constitutivos más importantes de la teoría decolonial lo es la homologación teórica de los fenómenos coloniales y neocoloniales. En la aplicación del marco de análisis decolonial se suscita una especie de fusión histórica que hace indistinguible dos periodos y dinámicas de poder marcadamente distintas. Es esta homologación la que permite a la *moda decolonial* (Rivera Cusicanqui, 2019) *decolonizarlo todo* (Táíwò, 2022): el saber, la masculinidad, la mente, el espíritu, la educación, el desarrollo, la economía, el deporte, etc.; banalizando el acto, procesos y prácticas políticas anticoloniales. Este tipo de homologación es también lo que en última instancia impide a Grosfoguel (Duchesne et al., 1997; Nováez Guerrero, 2023) valorar el rol histórico la lucha por la independencia de Puerto Rico y reconocer con rigor político un posible escenario en el que el país obtenga su soberanía.

Elabora Táíwò (2022: 38):

“Para Fanon, así como para Amílcar Cabral y la mayoría de los demás líderes del movimiento independentista en África, la diferencia cualitativa clave entre el colonialismo y la independencia era que, en uno, su capacidad para controlar sus destinos estaba bloqueada, mientras que en el otro, podían hacer su propia historia por sus propios medios, aunque lo hicieran mal. Algo parecido pensaba Kwame Nkrumah cuando declaró que

“preferían el autogobierno en el peligro a la servidumbre en la tranquilidad”. Como dijo Cabral, el objetivo inmediato de la lucha anticolonial, la descolonización, es “el fenómeno en el que un conjunto socioeconómico rechaza la negación de su proceso histórico”. La liberación nacional de un pueblo es la recuperación de la personalidad histórica de ese pueblo, es su retorno a la historia mediante la destrucción de la dominación imperialista a la que estaba sometido”.

Para Fanon, o tenemos colonización o no la tenemos.



Específicamente Táíwò advierte sobre los peligros de la homologación que criticamos aquí. Coincidimos con el autor y su apreciación sobre los riesgos que trae consigo dicha homologación. En el horizonte de la liberación nacional, tras la derrota del mundo maniqueo del colonialismo, no habría propiamente nada que descolonizar, argumenta Táíwò. En todo caso comienza una nueva lucha que toma como punto de partida una nueva relación de poder y dominación. Dice Táíwò (2022: 39) citando a Obafemi Awolowo:

“La lucha contra la esclavitud política y económica involuntaria bajo el dominio colonial terminó durante la última década en la mayor parte de África. Pero la lucha contra el servilismo voluntario y la sumisión al neocolonialismo aún no ha comenzado. Nuestra frecuente e incesante declamación contra el neocolonialismo me parece un ejercicio pretencioso y una distracción deliberada. Porque los verdaderos y auténticos neocolonialistas no somos otros que nosotros mismos, los africanos. Somos nosotros, a pesar de nuestra independencia y soberanía políticas, quienes nos sometemos voluntariamente a la dominación económica, y a veces diplomática, desde fuera de nuestras fronteras.”

Me parece que lo importante a destacar aquí, una vez criticada la homologación colonia/neocolonial, es el necesario entendido de que la independencia, más allá de ser un instrumento jurídico, es ante todo un campo de lucha que comienza mucho antes que el reconocimiento formal y jurídico de la soberanía, pero de la que ésta última es un elemento determinante. Como bien lo intuye Táíwò (2022), en el caso de las luchas en el continente africano, la operación decolonial y contradictoria que aplica el profesor Grosfoguel al caso puertorriqueño termina siendo demagógica y subestima la agencia e historia de lucha de los puertorriqueños (Corretjer, 2021).

D. El blanqueo, a través de un filtro multiculturalista, de la genealogía racista del anexionismo en Puerto Rico

Me limitaré a mencionar algunos puntos claves que ya había desarrollado en una publicación previa (Pérez Lizasuain, 2020). El anexionismo ha sido y sigue siendo un dispositivo racista y, por lo tanto, no es una fórmula descolonizadora, mucho menos emancipadora y, según se manifiesta en este momento, está muy lejos de ser considerada como una ideología antirracista. En ese sentido, se suma una contradicción insalvable entre Grosfoguel y los supuestos cimientos constitutivos del pensamiento decolonial: el antirracismo. En un primer término, el colonialismo impulsado desde el anexionismo tiene una clara consecuencia ontológica: esta ideología se centra en la transformación del alma del sujeto colonizado.

La relación entre colonialismo y racismo se encuentra en la genealogía de la ideología anexionista en Puerto Rico. Aarón Gamaliel Ramos, sociólogo puertorriqueño, sostiene lo siguiente:

“El interés de que una antigua colonia española se convirtiera en territorio de Estados Unidos obligará a los diferentes actores que recorren la historia del anexionismo puertorriqueño a procurar modos de franquear esa barrera [racial, cultural y étnica] a fin de acomodarse en el sistema político estadounidense. Una de las modalidades, típicas en el anexionismo fundacional, fue la de procurar afirmar las similitudes de la sociedad metropolitana y la puertorriqueña, su blancura, su religiosidad cristiana, y su pertenencia a la cultura occidental” (Ramos, 2008: 7).

Grosfoguel (Duchesne et al, 1997; Nováez Guerrero, 2023) obvia la complejidad histórica que acompaña al desarrollo del anexionismo en Puerto Rico (Ramos, 2008) y pretende cosificar e instrumentalizar la anexión como si fuese una herramienta. Por el contrario, el anexionismo en Puerto Rico tiene una historia y un contenido sociológico. Me limito a señalar dos elementos: el anexionismo como dispositivo racista y como catalizador de la violencia colonial del neoliberalismo en años recientes:

1) El simple hecho es que –parafraseando a Rodney (1982)– ningún pueblo puede colonizar a otro durante más de un siglo sin alimentar un sentimiento de superioridad. El anexionismo puertorriqueño, en ese sentido, ha sido un dispositivo desde el cual se ha canalizado la violencia colonial-racista que intenta justificar la injerencia imperial (violencia) estadounidense en Puerto Rico mediante mecanismos de asimilación que procuran destacar la inferioridad cultural del puertorriqueño frente al estadounidense. El anexionismo promueve el blanqueamiento de las singularidades culturales y raciales en la colonia.

2) La aplicación de políticas neoliberales en Puerto Rico, impulsada desde el Congreso de Estados Unidos en contubernio con la burguesía y elite política puertorriqueña —incluyendo medidas represivas de connotadas motivaciones y efectos raciales— se han justificado, en parte, desde el

plano ideológico del anexionismo (con el ánimo de parecerse al colonizador). Así, se ha instaurado una especie de colonialismo neoliberal (Atilés, 2016) mediante la imposición de políticas como: la privatización de la sanidad pública, de las telecomunicaciones, de la educación, de carreteras; el desmantelamiento parcial del Estado; la desprotección, privatización y federalización de los recursos naturales; la criminalización de las comunidades negras y pobres (la mentada *mano dura contra el crimen* inspirada en las doctrinas blancas y estadounidenses del *Broken-windows* y *Zero-tolerance*); la desregulación del derecho laboral y la flexibilización en las regulaciones financieras; la despiadada explotación ambiental; y la precarización de la vida en general se escenifican, sin duda, en el contexto de una lucha de clases. Pero también, y este es uno de los puntos centrales que quisiera traer, estas reformas han sido impuestas por el sector anexionista como parte de un retorno al discurso –esencialmente racista y colonialista– “de las similitudes [forzadas] entre el territorio y su metrópoli” en el que crecientemente pretenden “reiniciar la ruta tradicional hacia la estadidad” fomentando y haciendo suyo un anacrónico conservadurismo social e imponiendo el libreto racista y anglosajón de la violencia neoliberal (Pérez Lizasuain, 2020).



La violencia de las políticas de *acumulación por desposesión* y exclusión social se han intensificado desde 2016 cuando el Congreso de Estados Unidos recobró (nunca perdió) facultades decisionales sobre el territorio, particularmente a través de la aprobación de la Ley PROMESA⁹ que intenta lidiar con la deuda pública e instaura una Junta de Control Fiscal (la Junta) cuyos miembros son nombrados por el mismo Congreso y Presidente estadounidense. La Junta tiene capacidad de veto sobre las leyes y Constitución de Puerto Rico (Atilés, 2016). Puerto Rico se encuentra bajo un estado de guerra económica y como cualquier país en guerra sus instituciones se encuentran en crisis e incluso pierde población: en años recientes se ha destacado que el principal motivo de pérdida poblacional, aparte de la migración forzada por la crisis económica, lo es la diferencia entre muertes y nacimientos anuales (entre 2021-2022 se dieron cerca de 19,000 nacimientos mientras ocurrieron aproximadamente 33,000 muertes).¹⁰ No puedo dejar de encontrar más que curiosa la omisión que Grosfoguel realiza sobre la actual crisis puertorriqueña en sus entrevistas recientes. Continúa Grosfoguel (Nováez Guerrero, 2023): “El cálculo que hacen [quienes proponen la estadidad radical, él incluido] es que tenemos más posibilidades de hacer una lucha antiimperialista metiéndonos por dentro y peleando allí en alianza con los otros pueblos...”

¿Cómo pretenden los proponentes de la estadidad radical desprenderse de la historia y genealogía del anexionismo? Grosfoguel plantea la anexión para Puerto Rico como un imperativo pragmático, ignorando la larga y compleja historia de lucha anticolonial puertorriqueña pues la hace desaparecer en un revisionismo muy poco crítico.

A través del pragmatismo político se hace uso de la dicotomía liberal de mayorías/minorías electorales para asumir posturas políticas. El hecho invariable –y “neutral”– para Grosfoguel es que los puertorriqueños

⁹ Acrónimo para “The Puerto Rico Oversight, Management, and Economic Stability Act” aprobada en 2016.

¹⁰ Oficina del Censo. <https://censo.estadisticas.pr/Comunicado-de-prensa/2021-12-22t173052>.

apoyan mayoritariamente la anexión. Tal aseveración o la mera sugerencia es falsa en términos históricos. El país, en ese sentido, está muy dividido y las señales, dinámicas y orientaciones sobre el asunto son muy difíciles de medir empíricamente a través del mecanismo electoral. Pero si se trata de utilizar resultados electorales para medir el sentir de la dinámica política puertorriqueña, también habría que notar la omisión que hace Grosfoguel (Nováez Guerrero, 2023) al no mencionar el resultado en las elecciones generales de 2020 que dieron una votación histórica al independentismo, obteniendo su candidato a la gobernación cerca de un 15% del voto. De manera que el Partido Independentista Puertorriqueño (PIP) quintuplicó sus votos en relación con las elecciones generales de 2016 (Pérez Lizasuain, 2020). También omite las históricas y exitosas jornadas de protestas multitudinarias en 2019 que se concentraron alrededor de una sola demanda: exigir la renuncia del gobernador anexionista de turno, Ricardo Rosselló. De nuevo, el país vive actualmente un proceso en donde las elites políticas atraviesan por una gran crisis de autoridad mientras se incrementa la violencia colonial (Atilés, 2016; Pérez Lizasuain, 2023).

No nos engañemos, lo cierto es que Puerto Rico hoy día es arena movediza. Pero arena movediza es Venezuela, Colombia, Bolivia, Argentina y Chile. ¿Qué le decimos a las fuerzas progresistas, socialistas y antiimperialistas de esos países? ¿Que dejen de luchar si pierden una elección, si pasan a ser minorías parlamentarias o si sufren un golpe de estado? ¿Qué dejen de luchar y fagociten las dinámicas políticas que impulsa el imperio? ¿Qué le dice Grosfoguel a los independentistas catalanes luego de las últimas elecciones en el Estado español? ¿Está condenada Venezuela sólo por el mero hecho de una oposición al gobierno bolivariano?

¿Por qué el profesor Grosfoguel quiere condenar a los puertorriqueños a la *zona del no-ser*? ¿Por qué negar a los puertorriqueños la capacidad de organización política, la potencialidad de las luchas y la emergencia de nuevas subjetividades? ¿Por qué los puertorriqueños no pueden ser partícipes de la Historia? Grosfoguel (1999; 2022) (Martí, 2022; Nováez

Guerrero, 2023) no puede encontrar un *punto de anclaje* en Puerto Rico con el cual amarrar teórica y empíricamente el marco de análisis decolonial. Es decir, Grosfoguel no encuentra en la colonia estadounidense un esencialismo que se asemeje al indigenismo que –como bien indica su propia crítica (aunque no autocrítica) a la escuela decolonial– expropia epistémicamente de la América Nuestra. Ello le impide poder reconocer la lucha por la independencia de Puerto Rico. Sin embargo, mediante su propuesta política, revestida con el manto *decolonial* de la estadidad radical, encuentra un punto de anclaje artificial, culturalista, esencialista y etnocéntrico: los puertorriqueños sólo somos en la medida en que el colonizador nos fagocita en la vorágine cosmopolita de su diversidad. Parafraseando a Marx en el capítulo XXIV del *El Capital*: diversidad forjada y “...escrita en los anales de la humanidad en letras de sangre y fuego”.

Finalmente, parte de la proclama de 1997 que aboga por la anexión, consignada por Grosfoguel y otros pensadores decoloniales, plantea el rol (*¿decolonial?*) que tendría la anexión de un país latinoamericano en el imperio:

[P]roponemos el recurso a la estadidad para contribuir a transformar a los Estados Unidos en una entidad multiracial, multicultural, democrática, pacifista e internacionalista. Para que en el futuro, Nuestra América, hablando su pluralidad de idiomas, disfrute una mejor calidad de vida, afirme su derecho a la diferencia y a la vida plena.

Postura que sigue consignando al presente:

“El cálculo que hacen es que tenemos más posibilidades de hacer una lucha antiimperialista metiéndonos por dentro y peleando allí en alianza con los otros pueblos, en una lucha antiimperialista” (Martí, 2023).

La izquierda independentista puertorriqueña históricamente se ha solidarizado con las justas luchas antirracistas, antiimperialistas y antimilitaristas que ha llevado el pueblo estadounidense. Y el apoyo en muchas ocasiones también ha sido a la inversa: la solidaridad activa de la izquierda radical estadounidense en las luchas por la independencia y

descolonización de Puerto Rico. Desde nuestra perspectiva, la pasada cita exhibe una crasa ingenuidad política. Por el contrario, hacemos nuestra la frase “Un pueblo que oprime a otro pueblo no puede ser libre”, en ocasiones atribuida a Engels y en otras a Dionisio Inca Yupanqui. De cualquier modo, sería de plena aplicación aquí: los movimientos sociales y el pueblo trabajador estadounidense no adelantarían sus causas asumiendo la anexión de Puerto Rico como imperativo político. Sería un contrasentido a lo planteado por Martin Luther King (1967) en su célebre discurso titulado *Beyond Vietnam: la guerra y violencia imperialista* de Estados Unidos contra la independencia de Vietnam regresa como un bumerang hacia el interior de la sociedad estadounidense retrasando las luchas antirracistas y reivindicaciones de clase (véase también el discurso *The Three Evils of Society* de 1967). Para el King de 1967, las contradicciones internas de la sociedad estadounidense no se podrían resolver sin que se desmantele el aparato militar e imperialista de ese país. En ese sentido, si las izquierdas estadounidenses asumieran programáticamente la descolonización e independencia de Puerto Rico, éste sería un paso determinante en sus luchas por desmantelar la máquina imperial del gobierno estadounidense. De ese modo, el apoyo programático de las izquierdas en Estados Unidos fomentaría el respeto a la soberanía, independencia y autodeterminación de los pueblos.

Dado que Aimé Césaire es, ciertamente, una de las inspiraciones principales para Grosfoguel, tendríamos que preguntarnos lo siguiente: ¿La integración de Martinica ha hecho al Estado francés menos racista o imperialista? Quizás Ibrahim Traoré, presidente interino de Burkina Faso tenga algo que decir al respecto: “No somos enemigos del pueblo francés, es la política de quienes gobiernan Francia la que constituye el problema en África. (...) Mientras un Estado no tenga una mentalidad imperialista...no hay ningún problema”.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Kevin B. (2020). *Marx at the Margins: On Nationalism, Ethnicity, and Non-western Societies*. Chicago: University of Chicago Press.
- Armúa, Gonzalo y Rivara, Lautaro (2022). “La decolonialidad ha muerto: ¡que viva la decolonialidad!”, *ALAI*. <https://www.alai.info/la-decolonialidad-ha-muerto-que-viva-la-decolonialidad/>
- Atilos-Osoria, José M. (2016). Estado de excepción interno en Puerto Rico: un análisis socio-jurídico de la crisis económica y fiscal puertorriqueña. *Derecho y Crítica Social*, 2 (2), 151-194.
- Atilos-Osoria, José M. (2020). *Profanaciones del Verano de 2019: Corrupción, frentes comunes y justicia decolonial*. Cabo Rojo, Puerto Rico: Editora Educación Emergente.
- Bonilla, Yarimar (2023, August 27). Opinion | A Legacy of Colonialism Set the Stage for the Maui Wildfires. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/2023/08/27/opinion/maui-wildfire-colonialism.html>
- Boron, Atilio. “Entrevista a Ramón Grosfoguel”, *Radio UNDAV*, publicada en mayo de 2022. <https://open.spotify.com/episode/77SLixOeruqttCOaPyRkwj?si=GUIYlg-n8SQG4uECmhCrF-g>
- Cabral, Amilcar (1966). *The Weapon of Theory*. <https://www.marxists.org/subject/africa/cabral/1966/weapon-theory.htm>
- Cabral, Amilcar (1974). *Return to the Source*. New York: NYU Press.
- Chambers, Paul A. (2019). Epistemología y política: una crítica de la tesis de la “colonialidad del saber”. *Discusiones Filosóficas*, 20 (34), 65-90.
- Corretjer, Juan Antonio (2021). *La lucha por la independencia de Puerto Rico*. San Juan: Zumbador.
- Dorfman, Ariel y Mattelart, Armand (1978). *Para leer al pato Donald*. México: Siglo XXI.
- Dussel, Enrique. “El tema decolonial”, en *RICDP Cátedra Deuda Pública*, 14 de agosto de 2020. [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=ZkWOX-LG3c>
- Duchesne, Juan; Georas, Chloe; Grosfoguel, Ramón; Lao, Agustín; Negrón, Francés; Rivera, Pedro Ángel; y Sotomayor, Aurea María (1997). “La estadidad desde una perspectiva democrática radical”, en *Diálogo*, Febrero, 30-31.
- Eng, T. A. (2023, September 7). French policies are problems for Africa - Burkinabe leader Traore. *French Policies Are Problems for Africa - Burkinabe Leader Traore - TRT Afrika*. <https://www.trtafrika.com/africa/>

french-policies-are-problems-for-africa-burkinabe-leader-traore-14861796

Grosfoguel, Ramón (1999). "Antipatía frente a la soberanía: Lógicas globales y colonialismo en Puerto Rico". *Nueva Sociedad*, 161, 19.

Grosfoguel, Ramón (2022). *De la sociología de la descolonización al nuevo antiimperialismo decolonial*. Madrid: Akal.

King, Martin Luther, Jr., *A Time to Break Silence (Declaration against the Vietnam War)*. <https://www.americanrhetoric.com/speeches/mlkatimetobreaksilence.htm>

King, Martin Luther, Jr., *The Three Evils of Society*. NWESD 189. <https://www.nwesd.org/ed-talks/equity/the-three-evils-of-society-address-martin-luther-king-jr/>

Kohan, Nestor (1998). *Marx en su (Tercer) Mundo: hacia un socialismo no colonizado*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

LeBrón, Marisol (2021). *Against Muerto Rico: Lessons from the Verano Boricua*. Cabo Rojo, Puerto Rico: Editora Educación Emergente.

Mariátegui, José Carlos (2012). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. México: Ediciones Era.

Martí, Per Pep (2022). Ramón Grosfoguel: "Els Estats Units donarien la independència a Puerto Rico demà". *NacióDigital*. <https://www.naciodigital.cat/noticia/250354/ramon-grosfoguel-estats-units-donarien-independencia-puerto-rico-dema>

Marx, Karl (2015). *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Buenos Aires: Ediciones Colihue SRL.

Marx Carlos & Engels, Federico (1974). *Obras Escogidas (en tres tomos), Tomo II*. Moscú: Editorial Progreso.

Nováez Guerrero, José E. (2023.). *No se puede ser decolonial sin ser antiimperialista. Conversación con Ramón Grosfoguel*. La Jiribilla. <http://www.lajiribilla.cu/no-se-puede-ser-descolonial-sin-ser-antiimperialista-conversacion-con-ramon-grosfoguel/>

Pérez Lizasuain, César (2020a) "A propósito de la colonia, el racismo y la soberanía: apuntes para una política del presente". *Categoría Cinco*. <https://categoria5.org/a-proposito-de-la-colonia-el-racismo-y-la-soberania-apuntes-para-una-politica-del-presente/>

Pérez Lizasuain, César (2020b) "Sobre política y alianzas". *80 Grados*. <https://www.80grados.net/sobre-politica-y-alianzas/>

Pérez Lizasuain, César (2023). "La muerte del bipartidismo: economía política y crisis del Régimen de 1968". *Siglo Veintiés*. <https://sigloxx22.org/2023/07/06/la-muerte-del-bipartidismo-economia-politica-y-tesis-del-regimen-de-1968/>

Ponce De Leon, Jennifer & Rockhill, Gabriel (2019). "Materialist Deconstruction, Anticolonial Geographies, and the Limits of Genealogy: An Interview on Counter-History of the Present". *Philosophy Today*, 63(1), 217-235.

Ramos, Aarón (2008). El anexionismo puer-
torriqueño: Viejos y nuevos caminos hacia
la plena incorporación. *Revista del Colegio
de Abogados de Puerto Rico*. Núm. 3 y Agui-
naldo, pp. 6-9.

Rivera Cusicanqui, Silvia (2010). *Ch'ixi-
nakax utxiwa. Una reflexión sobre prácticas
y discursos descolonizadores*. Tinta limón.

Rivera Cusicanqui, Silvia (2019) "Tene-
mos que producir pensamiento a partir de
lo cotidiano." *El Salto*. www.elsaltodiario.com.
[https://www.elsaltodiario.com/femi-
nismo-poscolonial/silvia-rivera-cusican-
qui-producir-pensamiento-cotidiano-pen-
samiento-indigena](https://www.elsaltodiario.com/feminismo-poscolonial/silvia-rivera-cusicanqui-producir-pensamiento-cotidiano-pensamiento-indigena)

Rockhill, G. (2017). *Counter-history of the
present: Untimely interrogations into globa-
lization, technology, democracy*. Duke Uni-
versity Press.

Rodney, Walter (1982). *De cómo Europa
subdesarrolló a África*. México: Siglo XXI.

Rodney, Walter (2022). *Decolonial Marxism:
Essays from the Pan-African Revolution*. New
York /London: Verso Books.

Rodríguez Beruff, Jorge (2000) Vieques y la
Construcción de un Poder Civil en Puerto
Rico, *Nueva Sociedad*, Vol. 168, pp. 41-48.

Santos, Boaventura de Sousa (2003). *Crítica
de la razón indolente: contra el desperdicio de
la experiencia* (Vol. 1). Desclée de Brouwer.





Boletín del Grupo de Trabajo
Pensamiento jurídico crítico y conflictos sociopolíticos

Número 18 · Julio-sept. 2023